

## BIBLIOGRAFIA



*La mayor pendiente*, por GEORGES ARNAUD. Buenos Aires, Editorial Proyección, Colección Tiempo Vital, 1963. 190 p.

Georges Arnaud adquirió notoriedad literaria con una narración protagonizada por camioneros, camiones y trópico: *El salario del miedo*.

Esta obra, conocida primero entre nosotros, como tantas otras, por su versión cinematográfica, nos ponía en contacto con una humanidad tan cálida y bullente como el trópico.

Dinamita y pésimos caminos generaban una dramática expectativa.

En *la mayor pendiente*, cuya versión castellana hoy leemos, se trata también de una historia de camioneros y camiones, en lucha contra el camino implacable y contra el compacto calor tropical. Un europeo, un negro y una prostituta constituyen la ordinaria tripulación del Fargo; con él viven en verdadera simbiosis; lo cuidan, lo alientan, cantan sus hazañas.

El camión desempeña en la narración de Arnaud un papel semejante al del caballo en las canciones de gesta medievales o en nuestros poemas gauchescos.

Los caballeros, a su vez, son gente extraña y heterogénea, pero no desprovistos de sentimientos de justicia y de honor.

Montados sobre el Fargo, recorriendo la ardua ruta que une Caracas con La Guayra, tienen que enfrentarse allí con los camiones de un escuadrón fascista, cuyos desplantes nietzscheanos no por ridículo dejan de ser peligrosos. Poco a poco se entabla sobre la ardiente y retorcida cinta que va de los Andes al Océano una lucha a muerte hasta que, feliz desenlace, los brazos caídos de los cargadores acaban con la cobarde prepotencia de los grandes Fiats.

La solidaridad de quienes están en la sudorosa tarea, la amistad de un blanco con un negro, de un negro con un camión, de un camión con una prostituta, el amor de un camionero transoceánico por una mujerzuela aborigen (amor pudoroso, que no quiere decir su nombre, hecho de sensualidad y de una tierna compasión), configuran el trasfondo espiritual del cuento.

El lenguaje, ampliamente matizado de argot, es el que corresponde a un camionero no del todo inculato pero muy consustanciado ya con su oficio y con su posición social.

En el mismo volumen se añaden a continuación otras cuatro narraciones más breves.

*El viaje a la ciudad* es un relato bastante diferente del anterior, que se sitúa en una hipotética aldea andina poblada por indígenas (Tungura), a quienes los blancos emplean en la explotación de una mina.

El gran aliciente para estos hombres, que no conocen el significado del dinero, "es el viaje a la ciudad", el cual pronto se eleva a categoría

de mito. Desaparecida la civilización humana como consecuencia de una explosión atómica, los tunguras, que sobreviven aislados en su remota planicie andina, deciden emprender, después de una larga espera, el soñado viaje. Y así lo hacen. Pero al cabo de mil peripecias sólo encuentran ruinas: Hasta un juncos chino cargado de mercancías, que hallan en el puerto, se les escapa luego de las manos.

La sátira y, hasta cierto punto, la anti-utopía, dan el sentido de la narración. Hay algo de la causticidad de Jonathan Swift, algo de la serena subversión de Samuel Butler y algo también del clima obsesional de *Mono y Esencia* de A. Huxley o de 1984 de G. Orwell. Pero no falta, por cierto, la chispa gálica, que nos retrotrae también al *Telémaco* de Fenelón, o mejor todavía, al *Cándido* de Voltaire.

*La Isla de la Tortuga del pirata Morgan* es simplemente la historia de una broma, con cierto regusto a Stevenson y a Apollinaire.

Arnaud, que odia la prepotencia y la injusticia, odia por encima de todo, la estupidez. De ahí que cualquier manera de fastidiar a un estúpido, le parezca divertida.

En el cuarto cuento, *Las noches de un contador*, pasamos de la América tropical a París.

La respetabilidad pequeña burguesa resbala a través del alcohol y las drogas hacia el "chantaje" y la estafa.

La monotonía del celibato, no alterada por la contabilidad, se deslumbra ante la amante tierna y dispendiosa.

Y el bajo mundo parisiense de los rufianes y las prostitutas se insinúa como natural desembocadura de una rutina neutra a los más altos valores.

*Una hora con Andrcas Aalborg*; el último cuento, nos narra la desventura de un hombre que, conociendo diez y siete oficios, es convertido por el hambre en escritor famoso.

La causticidad satírica, que no falta en ningún relato, llega aquí a su punto más alto. Pero tampoco falta una nota de ternura hacia la mujer, como una mancha clara y luminosa en el centro de un cuadro donde predominan los colores oscuros.

A la traducción de Franck Topinard y Hugo Fernando García, correcta y fluida, debe reconocérsele el mérito de haber salvado en lo posible la peculiaridad de un estilo lleno de expresiones populares y aún lunfardas.

Angel J. Cappelletti

*Alberto Ghirardo, precursor de nuevos tiempos*, por HÉCTOR ADOLFO CORDERO. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1962. 216 p.

Si Almafuerte es, como Borges quiere, un San Juan Moreira, Ghirardo, su discípulo, vendría a ser un Diablo Almafuerte.

De Almafuerte tiene la pasión un tanto primitiva, el sentimiento siempre exacerbado, la retórica sin muchos matices, la métrica romántica. Pero todo lo que en aquél hay de piadoso y aún de lacrimoso, lo hay en éste de impío y de rebelde.

El poeta que dirige arengas rimadas en los mitines proletarios es, sin duda, mucho más rebelde que poeta. Hoy resulta tan difícil digerir "el rojo pendón de la venganza" como "el desquicio loco de los mundos". Pero ¿quién de nosotros (sino algún "intelectual puro") puede dejar de conmovirse ante la identificación de su endecasílaba bohemia con cuanto hubo de más noble y de menos victorioso en el mundo donde le tocó vivir?

Ghiraldo bien merece por eso una biografía y este libro de Héctor Adolfo Cordero, a quien los estudiosos de nuestra historia social y literaria conocen ya por su *Valoración de Martín Fierro* (1950), viene a llenar por eso una laguna, pues, a decir verdad, es el primer trabajo de cierta extensión que sobre aquél se escribe.

La vida de Ghiraldo desde su infancia pueblerina en Mercedes (Pcia. de Buenos Aires) hasta su exilada senectud en Santiago de Chile, se despliega ante el lector, rica de incidencias más o menos pintorescas, de batallas sociales, de episodios vinculados al periodismo, a la literatura, al teatro. Su entusiasmo adolescente por el radicalismo mesiánico de Alem, sus primeros contactos con la condición obrera y al mismo tiempo con los calabozos porteños, su amistad con Alfredo Palacios, el primer diputado socialista de América, y, sobre todo, su vinculación con la F.O.R.A. y con el sindicalismo anárquico, la lucha contra las leyes anti-obreras, su intervención en campañas proletarias, en mitines y huelgas, su viaje a España, el legado de Pérez Galdós, la vida literaria de los cafés madrileños, toda la colorida y vibrante trama de su existencia, entre la niñez y el ocaso, ocupan las páginas de varios capítulos que se entremezclan a otros, donde sucesivamente se nos habla de su vida íntima y familiar y de su obra poética, teatral y periodística.

Estos últimos reseñan no sólo la labor literaria de Ghiraldo sino también su inserción en la época, su incidencia sobre los hombres, los ecos que despertó y las raíces que la hicieron brotar.

Vemos así nacer la procesión de sus poemarios desde *Ahí van y Fibras* hasta el *Canto a Buenos Aires*, de sus dramas desde *Alma gaucha* hasta *La copa de sangre*, de sus prosas desde *Gesta* hasta *La novela de la pampa*.

Y sabemos a un tiempo de su amistad con Rubén Darío, de los juicios que su obra mereció a Cejador y Frauca, a Ricardo Rojas, a Max Nordau, a Roberto J. Payró, a José de Maturana, a Juan Pablo Echagüe, a Jacinto Benavente, etc.; de sus relaciones con teatros y actores, de su trabajo como presidente de la "Sociedad de autores", de sus conferencias libertarias, de los periódicos y revistas que fundó (*El obrero*, *El sol*, *Martín Fierro*, *Ideas y Figuras*) y que dirigió (*La Protesta*).

Alguien quizás podría echar de menos una más rigurosa valoración estética o ideológica, pero es indudable que el libro de Cordero cumple con un propósito que creemos en este caso fundamental: Informar simpáticamente sobre vida y obras de un escritor ya demasiado pasado por alto.

*Cataluña 1937. Testimonio sobre la Revolución Española.*  
por GEORGE ORWELL. Buenos Aires, Editorial Proyección  
(Colección Interpretaciones y experiencias), 1963. 248 p.

La guerra civil española ha dado ya lugar, sobre todo fuera de España, a una vasta literatura.

Las más diversas versiones, las interpretaciones más contradictorias nos llegan a través de ella. Muy pocos son, sin embargo (si es que hay alguno), los libros desapasionados sobre el tema. Y ello por la sencilla razón de que sobre tal tema nadie puede escribir sin pasión.

George Orwell, el famoso autor de *Rebelión en la granja* y de *1984*, es el primero en reconocerlo cuando se propone narrarnos sus experiencias hispánicas de 1937. Por otra parte, nadie tendría derecho a exigirle a un hombre que como él, ha peleado en el frente de Aragón y se ha visto mezclado en las luchas interpartidarias de Barcelona.

La pasión, sin embargo, no excluye de por sí la objetividad y el deseo de verdad. Y esto es lo que el libro de Orwell parece demostrarnos.

Llegado a España para luchar junto al pueblo contra la rebelión fascista (o por mejor decir, clérico-militar) no oculta ni por un instante su simpatía hacia la causa que abrazó como soldado.

Ello no le impide criticar por igual a la prensa extranjera de izquierda y de derecha cuando desfigura los hechos y falta consciente y maliciosamente a la verdad.

Enrolado en las milicias del P. O. U. M. (Partido Obrero de Unificación Marxista) pues viene con carnet del I. L. P. (Independent Labour Party) inglés, esto no le impide demostrar sus simpatías por la C. N. T. (Confederación Nacional de Trabajadores) y la F. A. I. (Federación Anarquista Ibérica), a la vez que trata de hacer justicia a socialistas de izquierda (Largo Caballero) y de derecha (Negrín) y aún a los comunistas, cuyo triste papel en el proceso anti-revolucionario no puede menos que hacer notar.

La narración jugosa de la vida de los milicianos y de la guerra de trincheras, se entremezcla con un agudo análisis de la situación socio-política. Frente a los militares rebeldes (apoyados por el clero, la aristocracia, los terratenientes, ayudados por Hitler y Mussolini) el pueblo obrero y campesino se levanta en armas, no para defender una democracia parlamentaria sino con la intención de superarla y realizar la revolución social al tiempo que repele la agresión falangista. Anarquistas, trotskistas, socialistas de izquierda, están de acuerdo en ello y por medio de sus organizaciones promueven la colectivización de la tierra, de las industrias, de los servicios públicos, del comercio. El control directo de la economía por parte de los sindicatos obreros y de las comunidades campesinas crea un feliz aunque, sin duda, provisorio preanuncio de la sociedad sin clases. Se respira en todas partes un clima de igualdad. Han desaparecido la prostitución y la mendicidad. No se dan ni se reciben propinas. No hay ya "señor" y "usted" sino "camarada" y "tú". Aun en el ejército soldados y oficiales están en pie de igualdad, reciben la misma paga, gozan de los mismos privilegios.

El partido comunista, pronto aliado a republicanos liberales y socialistas de derecha, ve con malos ojos esta política. Su tesis (la tesis de Stalin y del gobierno ruso) es que la guerra contra Franco no tiene

otro objeto más que salvar la democracia parlamentaria y que cualquier intento de promover cambios revolucionarios en la estructura social es contraproducente y en realidad, contrarrevolucionaria. Y aunque al comienzo de la guerra civil es un partido pequeño y con poca influencia, pronto llega a controlar al gobierno de Cataluña gracias, por una parte, a la ayuda militar que la U. R. S. S. brinda a la República (ayuda siempre condicionada a los intereses del Partido) y por otra, gracias a su crecimiento numérico por la afiliación de muchos comerciantes, funcionarios, propietarios de tierra y gente, en suma, de la clase media.

Así las cosas, el P. S. U. C. (Partido socialista unificado de Cataluña) nombre que el Partido Comunista asume en esta región española, se propone detener la revolución en Barcelona. Para ello es preciso oponerse, sobre todo, a los anarquistas de la C. N. T., pero como éstos controlan los barrios obreros y las principales industrias, resulta muy peligroso enfrentarlos directamente. Necesitan, sin embargo, una cabeza de turco y la encuentran en el P. O. U. M., partido relativamente pequeño, contra el cual emprenden una campaña a muerte, acusándolo nada menos que de quinta-columna fascista (Maurin el fundador de P. O. U. M. había sido ya fusilado por Franco). Inventan un complot, disuelven el partido, ocupan sus locales, encarcelan a sus miembros, los calumnian por todos los medios. (Luego, aunque Orwell no lo diga, hacen lo mismo con los anarquistas, en cuanto pueden. Víctimas suyas son, entre otros, los italianos Berneri y Barbieri). El mismo Orwell, como miembro de las milicias del P. O. U. M., tiene que ocultarse pero, con más suerte que otros compañeros ingleses, logra llegar, por fin, a la frontera francesa.

La obra, que ya había sido vertida hace años al italiano (*Omaggio alla Catalogna*), concebida en conjunto como relato de una experiencia personal, está escrita, dentro de la mejor tradición de la narrativa inglesa, con un realismo muy equilibrado, en el cual los hechos exteriores se entretrejen con sentimientos y valoraciones personales de tal modo, sin embargo, que siempre parece posible separar allí lo objetivo de lo subjetivo.

*Angel J. Cappelletti*

*Signos, lenguaje y conducta*, por CHARLES MORRIS. Buenos Aires, Losada (Biblioteca Filosófica), 1962. 341 p.

La obra filosófica de Charles Morris puede considerarse, en general, como un intento de revitalizar el neopositivismo europeo (especialmente austriaco) a partir de la ya vieja tradición del pragmatismo americano.

Nacido en Denver (Colorado) en 1901, obtuvo Morris su Ph. D. en la Universidad de Chicago donde recibió la influencia del behaviorismo social de George Herbert Mead. Allí mismo comenzó a enseñar en 1931.

Entre sus obras pueden citarse *Pragmatism and the Crisis of De-*

mocracy (Chicago 1934), *Logical Positivism, Pragmatism and Scientific Empiricism* (Paris 1937); *Paths of Life: Preface to a World Religion* (New York-1942) etc.

*Signs, Language and Behaviour*, que publicó en Nueva York en 1946 y que hoy leemos en traducción española de J. Rovira Armengol (edición cuidada por Ansgar Klein), representa un intento de elaborar una teoría del signo desde el punto de vista de la conducta y de la vida, de tal modo que los diferentes tipos de lenguaje humano resulten así explicados en relación con los sujetos que los utilizan.

La semiótica, entendida como ciencia de los signos, no se mueve ya en un espacio bidimensional al modo de la semántica que, para Carnap, considera sólo la expresión y lo expresado (*designatum*), sino en un espacio tridimensional que, además de la expresión y lo expresado incluye, por así decirlo, al "expresante". Según esto, implica no sólo la sintaxis (estudio de las relaciones de los signos entre sí) y la semántica (estudio de las relaciones entre los signos y lo designado), sino también la pragmática (estudio de las relaciones entre los signos y los sujetos que los emplean).

Los términos básicos de la semántica son, para Morris, los siguientes: intérprete ("cualquier organismo para el cual algo es un signo"); interpretante ("disposición en una intérprete para responder, a causa del signo, por medio de series de respuesta de cierta familia de conducta"); *denotado* (*denotatum*) del signo ("lo que permite completar la serie de respuesta para lo cual el intérprete se encuentra preparado a causa del signo"); *significado* (*significatum*) del signo ("aquellas condiciones que son de tal índole que todo lo que las lleve sea un *denotatum*").

Morris considera que el término "signo" comprende tanto la "señal" (que se suele denominar "signo" en la terminología filosófica corriente) como el "símbolo", que se opone a la "señal": "símbolo" es el signo que sustituye a otro signo y tiene el mismo significado que éste para un determinado organismo; en cualquier otro caso se trata de una "señal".

En todo esto no se menciona la mente para nada. Pero no es porque se pretenda excluir la existencia de ideas y procesos mentales. La semiótica se expresa en términos conductistas (biológicos) por un simple principio metodológico: los términos de la psicología mentalista ("idea", "pensamiento", "mente") son menos claros, interpersonales e inequívocos que los de la psicología conductista. Más aún, éstos pueden implicar a aquéllos, pero aquéllos no pueden hacerlo con éstos.

En el segundo capítulo, *Lenguaje y conducta social*, después de haber tratado del lenguaje como fenómeno de signo, llega a la siguiente definición: "un lenguaje es un conjunto de consignos plurisituacionales con restricciones en los modos en que pueden combinarse". Se entiende por "consigno" aquella clase de signos interpersonales que revisten el mismo significado para el organismo que lo emite y para el que lo capta. Es lo que G. H. Mead llamó "símbolo significante". Se llaman "plurisituacionales" aquellos que no expresan un significado en una sola situación sino en muchas.

En el capítulo tercero se trata de los *Modos de significar*, de su origen y del criterio conductista para diferenciarlos. En el cuarto, se estudia la adecuación, la verdad y la validez de los signos. Un signo es adecuado cuando logra el fin para el que se lo usa. Los signos tienen

cuatro usos primarios: el informativo, el valorativo, el incitativo y el sistemático.

Hay adecuación informativa cuando hay poder de convicción, es decir, "cuando su producción lleva al intérprete a actuar como si algo tuviera ciertas características". Hay adecuación valorativa cuando hay efectividad, esto es, cuando "un signo atribuye a algo el estado preferencial para el que se lo emplea". Hay adecuación incitativa cuando hay persuasión o sea cuando un signo determina efectivamente el modo en que ha de actuar en tales circunstancias su intérprete.

Hay, en fin, adecuación sistemática cuando hay corrección, esto es, cuando los signos logran organizar la conducta provocada por otros signos o, si se quiere, "organizar los interpretantes de otros signos".

Por otra parte "un signo es válido o fidedigno (reliable) de acuerdo con el grado con que denota en los varios casos en que aparece". Pero la verdad, a su vez, se distingue de la avidez.

Luego se ocupa de los límites de la significación ("empleo de los signos con el fin de establecer una comunidad de significado") y de las relaciones entre creencia, denotación y adecuación.

En el capítulo quinto se establecen los diversos tipos de discurso: 1) científico; 2) mítico; 3) tecnológico; 4) lógico-matemático; 5) de ficción; 6) poético; 7) político; 8) retórico; 9) legal; 10) moral; 11) religioso; 12) gramatical; 13) cosmológico; 14) crítico; 15) de propaganda; 16) metafísico. Allí mismo se examina los doce primeros, mientras en el capítulo siguiente se analizan los cuatro últimos, no sin antes debatir el problema de los signos formadores, su naturaleza, sus especies, etc., para concluir con sendos párrafos dedicados a "Lógica y matemática" y a "Retórica, gramática y metafísica".

En el capítulo séptimo: *Importancia individual y social de los signos* se trata "el problema de cómo se relacionan los signos con los individuos y sociedades en que los signos aparecen y operan". A propósito de tal cuestión se estudian otras varias subcuestiones como: el arte en cuanto lenguaje; la patología de los signos; los signos y las perturbaciones de la personalidad; los signos y las sociedades; la patología social de los signos; comunicación, colaboración y conflicto, etc. Se vincula así la semiótica con la estética, la sociología, la psiquiatría, la antropología, etc.

Por fin, en un último capítulo que tiende a determinar el objetivo y la importancia de la semiótica, se estudia el ya señalado carácter tridimensional de la disciplina; se formula un programa para la lingüística (a fin de que los términos básicos de esta ciencia puedan fundarse sobre los de la semiótica); se define la semiótica misma como una ciencia que unifica las demás ciencias; se trata de ver cómo explica la relación de la psicología con otras disciplinas y la relación de las humanidades (estudio de la literatura, el arte, la moral, etc.) con la "humanística", entendida como una parte de la semiótica. Se trata asimismo de las relaciones de ésta con la escuela y de su importancia para el individuo y para la sociedad. Un párrafo está consagrado al lenguaje de la filosofía. La semiótica, según Morris implica un desafío para ésta y constituye a la vez los "prolegómenos de cualquier filosofía del futuro".

En un *Apéndice* se consideran diversos análisis contemporáneos de los procesos semióticos y después de reseñar los precedentes históricos de la disciplina trátase en particular de la teoría de los signos de Peirce, de las doctrinas conductistas y mentalistas así como de las contro-

versias suscitadas entre los sostenedores de ambas, del concepto de "forma de signo" (Sign-Gestalt) de Tolman y del concepto de "acto de puro estímulo" de Clark L. Hull, para acabar con un parágrafo en que se sostiene el carácter único de la conducta semiósica.

El libro de Morris puede considerarse como un interesante esfuerzo de renovación dentro de la corriente empirista y neopositivista de la filosofía actual. Es obvio, sin embargo, que su valor definitivo dependerá siempre del valor que pueda asignársele a dicha corriente.

*Angel J. Cappelletti*

*Eli, Eli, Lamma Sabachtani?*, por HEBE ESTELA UHART. Buenos Aires, Goyanarte, 1963. 70 p.

Hebe Uhart estudió Filosofía en nuestra Universidad. Hoy enseña latín en algunas escuelas de los suburbios porteños.

Trabaja con cierto entusiasmo en una tesis sobre Simone Weil. Realiza excursiones a cualquier parte, a Rosario, al Cuzco, a Brasil o a Ramos Mejía.

Charla muchas horas en los cafés del Centro. Y escribe cuentos.

Sobre todo, o por mejor decir, entre todo, escribe cuentos.

Aquí, en una imprenta rosarina, por obra de una hipotética editorial, publicó el año pasado (1962) un librito titulado *Dios, San Pedro y las almas*. Hoy (1963) una editorial mucho más categórica, da a luz su segunda obra *Eli, Eli, lamma sabachtani?*

Algún crítico (no lo sé, pero lo supongo) comenzará diciendo que éstos no son cuentos sino apólogos o parábolas. Nada más lejos de la verdad: aquí no hay ni remotamente una intención didáctica. Lo que hay es una cierta analogía con el estilo de algunos libros de la Biblia, que es, por lo demás, el estilo de otras muchas narraciones más o menos primitivas.

Se equivocaría también quien buscara aquí una tesis metafísica o la afirmación de una religiosidad dogmática.

Lo que sin duda, revelan estos cuentos (y los llamo así simplemente porque en ellos se "cuentan" cosas) es una experiencia metafísica, tanto más auténtica cuanto más originaria y carente de preconcepciones, tanto más valiosa cuanto más "infantil" (en el sentido taoísta de la palabra). Esa experiencia que no trasciende nunca lo cotidiano se transfigura poéticamente en una verdadera mitología de lo trivial donde la cita bíblica, en latín o en arameo, contrastando con los giros convencionales, no es sino el marco ingenuamente irónico de un mundo demasiado lejano porque está demasiado próximo.

*Angel J. Cappelletti*

*Sobre héroes y tumbas*, por ERNESTO SÁBATO. Buenos Aires, Fabril Editora, 1963.

La edición en los libros del Mirasol de esta novela de Ernesto Sábato realizada por la Fabril Editora, pone al alcance de un mayor número de lectores una novela excelente, que ya ha sido consagrada por la opinión

pública como una de las más importantes aparecida en los últimos años entre nosotros. Popularizarla en una edición económica y muy bien cuidada, como son por lo general las de esta colección, es laudable propósito.

Considerada en su forma, esta novela nos revela que el inquieto autor de *El Túnel* continúa en su búsqueda de una imagen que refleje el país y algunas de sus circunstancias y para ello acude a procedimientos de muy variado origen. Podemos ver que la influencia de Joyce, de Proust, de Kafka y aún, la reiteración de algunos recursos utilizados por Wernecké, entre nosotros, le ha dado a Sábato ocasión para armar, con paciencia y buen estilo, la arquitectura de esta novela panorámica, en cierta medida histórica (los episodios de Lavalle) y siempre existencial, desde que la oposición entre situaciones y épocas parte siempre del análisis de individualidades típicas.

Se trata, en realidad, de cuatro libros, que podrían tener vida independiente, pero que en verdad constituyen ese caótico mundo elegido por Sábato para desarrollar críticas, exponer, a través de algunos personajes como Bruno, por ejemplo, un análisis reflexivo, tal vez de tipo psicoanalítico, de situaciones y casos en que viene a ser como el testigo, o el confidente, de su joven amigo. Martín, a su vez, con sus timideces y complejos, con su resentimiento y los recuerdos de una niñez abandonada, oscurecida por una madre impúdica, resulta fácil víctima de Alejandra, muchacha neurótica, que así como llena su joven existencia de momentos de plenitud física y de satisfacciones espirituales, lo lleva a las situaciones más desesperadas y a un constante cavilar y tormento.

El informe para ciegos permite a Sábato desarrollar, con evidente ingenio, una historia de persecuciones y hechos fantásticos e inverosímiles, tal vez más que los que Martín conoce a través de sus relaciones con Alejandra; es un diario escrito por un esquizofrénico, donde Sábato formula una serie de deducciones y expone, en cierta medida, opiniones sobre el arte, sobre el ser nacional, sobre lo que significa ser un argentino en medios muy evolucionados. No hay que olvidar que Fernando es un descendiente de viejas familias nativas, y que se ve obligado, por la situación de abandono en que esas familias lo dejan, a vivir en forma muy irregular, aunque no sepamos, tampoco, de qué medios se valían, él y Alejandra, para sobrellevar sus existencias. Por ahí nos enteramos de que Alejandra comercia con su cuerpo, y de ahí, probablemente, sus reacciones intempestivas. Todo esto no tiene, en realidad, importancia sino para quienes queremos, por lo general, claridad en los planteos literarios, y quedamos en la duda sobre qué es lo que Sábato intentó hacer con su novela, o enunciar a través de su extenso relato. Hemos dicho que su lectura resulta atrayente y que es saludable, en cierto modo, que su más transparente intención haya sido la de oponer los ejemplos heroicos del pasado (Lavalle) a la inconducta y falta de preocupaciones de un sector de la sociedad actual. Todo esto es relativo, como lo es el reiterado propósito de Sábato de reflejar la fuerza irracional de sus mejores héroes y de oponerles la vulgar preocupación de la mayoría por el lujo, las formas (caso de Borges) o cierto afán de respetabilidad.

En cambio, qué fuerza tienen esos personajes secundarios, como Chichín, Bucich, o Tito, Humberto J. D' Arcángelo, cuyo lenguaje está perfectamente captado, como sus ideas y desarrollos argumentales. Probablemente, éstos sean los personajes que más sustancialmente expresan los problemas que afligen al hombre común del país, al hombre normal,

pues los personajes principales de esta novela son creaciones ingeniosas pero por completo ajenas a la lógica, como también resulta extemporáneo el relato de las vicisitudes de Pedernera llevando los restos de Lavalle, salvo que de esa manera se justifique la historia de los Olmos.

Finalmente diríamos que esta larga pesadilla que resulta la novela de Sábato, muy bien escrita, en un estilo en que es posible disimular cierta pedantería de Bruno, para compartir los juicios de Bucich o los de D'Arcángelo, se salva de su tono generalmente pesimista o anárquico, en las últimas páginas escritas con evidente ternura y sentido de la realidad del país, de sus hombres más aptos y de esa capacidad para sobreponerse a las derrotas con una fe un tanto inconsciente en la propia capacidad, en el trabajo, en la libertad.

L. Guñño Kramer

*Es difícil empezar a vivir*, por BERNARDO VERBITSKY. Buenos Aires, Fabril Editora, 1963.

La reedición, en los libros del Mineral, de esta novela de Bernardo Verbitsky, que obtuvo el premio Ricardo Güiraldes concedido por Losada en 1940, permite, principalmente a las nuevas generaciones, conocer a un novelista ejemplar que nos hace revivir episodios que la mayoría ha olvidado y que los jóvenes desconocen.

Bernardo Verbitsky es autor de numerosas novelas y de un libro de cuentos, y recientemente ha publicado *Megatón*, poemas de severa belleza y de clara intención humanitaria, y en esta novela, inicial, diríamos, de su carrera literaria, ya estaba ofreciendo un claro indicio de sus posibilidades y de sus preocupaciones de carácter nacional, sin alharacas y sin hacer méritos, ante sus contemporáneos, de que ese era su propósito y su finalidad. Han transcurrido más de veinte años desde la aparición de "Es difícil empezar a vivir" y su relectura nos causa el mismo placer que cuando comentamos este libro, que sin proponérselo, nos ofrecía un cuadro bastante exacto y coherente de la vida argentina, de algunas capas de la sociedad y el reflejo artístico de una personalidad joven en creciente conflicto con la vida, y que encuentra su camino en el deseo ferviente de comprender a los demás, de entregar a la sociedad parte de su esfuerzo y de sus inquietudes como lo hacían y lo hacen aquellas personas normales que contribuyen a la estabilidad social con su trabajo.

Esta novela es, además, de una pulcra belleza formal; está bien escrita y su desarrollo estilístico es congruente. Se lee con singular agrado, pues vemos que en ella, salvo diferencias naturales de temperamento y de épocas, la vida ofrece siempre alternativas y matices que el hombre puede superar manteniendo intacta su independencia moral y su conducta cívica. No triunfará, en el sentido corriente de hacer dinero o de descollar sobre los demás, pero integrará una personalidad independiente y sensible. La historia cuenta los trabajos de un periodista diario pobre, en una Buenos Aires que no cambia lo esencial de sus costumbres, allá por el año 31. Pablo, el protagonista, es un joven ingenuo y ávido que concluye inscribiéndose en la Facultad de Medicina, y que:

mientras entrega al oficio, que conoce y ama, lo mejor de su inteligencia y de su esfuerzo, vive, observa, sufre, pero es, como tantos otros jóvenes, víctima de la soledad, de las pequeñas frustraciones, de su susceptibilidad y su amor propio, en una palabra, de la inexperiencia para soportar sin claudicaciones esa constante dualidad de la vida para quienes deben enfrentarla con su propio trabajo y sin privilegios.

Así vamos asistiendo a la historia de un noviazgo, a la pelea en la mesa de las redacciones, a la guerra del Chaco, la caída de Irigoyen o las noticias que dan a Hitler como a punto de conseguir el poder en Alemania. Una noche de sábado, en Buenos Aires, para un hombre joven y sensible, y de nuevo la visión del comienzo del nazismo en Alemania, el incendio del Reichstag y la posterior destrucción de judíos y comunistas de acuerdo con un sistema que se ha venido repitiendo en todo el mundo civilizado. Las discusiones en que interviene este joven, que está realizando su aprendizaje de vida, contienen análisis agudos sobre diversos tópicos literarios o artísticos, Dostoiewsky, Chévoj, la música, el cine, o el gusto de ser débil después de asistir a una ceremonia del Ion = Kipur. En fin, se trata de una novela muy completa en la que vemos o asistimos al desfile de personalidades interesantes y al conflicto de un hombre joven, estudiante pobre, para hacerse un lugar, con cierta comodidad, en una sociedad existista, compleja, cosmopolita, heterogénea, sacudida por conflictos internos y externos, con hombres correctos, con buenos trabajadores y estudiantes, con apasionados de toda naturaleza, con muchachas sensibles y en cierto modo atraídas por el brillo superficial de una vida que no está regulada por el interés de la gente sencilla, ni se ha construido para la felicidad de los más.

Es, en síntesis, una novela ejemplar, que merecería ser leída por quienes, además del placer estético de una buena lectura, aspiran a comprender algunos procesos y a disponer de un repertorio crítico que les ayude a resolver problemas en la vida social. No por ello podríamos decir que es didáctica sino en cuanto ayuda a entender, artísticamente, algunas razones y hechos de nuestra vida contemporánea. No es una novela que atraiga extemporáneamente, sino un análisis correcto y podríamos decir permanente de una etapa determinada, que se repite en todo tiempo, pues apenas podrán cambiar las circunstancias, pero permanecen inalterables las deducciones y las consecuencias. Con esto queremos explicar que esta novela de Verbitsky, es intemporal, que no está sujeta a influencias de moda, que no encontraremos en ella recursos solamente literarios, que se pueden conseguir con alguna habilidad, sino un análisis serio y hermosamente conseguido, de una vida en un país determinado y en una etapa de su desarrollo.

*L. Gudiño Krámer*

*Elogio de la poesía*, por JOSÉ ISAACSON. Buenos Aires, Hachette, 1963. 76 p.

Lejos de la diversidad de tendencias surgidas desde hace varias décadas en la poesía argentina, José Isaacson ha construido su propio universo poético, de ahí que las notas particulares de su estilo no puedan

inscribirse dentro de ninguna corriente literaria determinada. Este aislamiento no parte de un egocentrismo mal entendido ni de una ausencia de afinidad con las modalidades de su época. En su caso, la espontaneidad creadora que caracteriza a su modo de decir le permite entablar, sin necesidad de adecuaciones estéticas previas, un activo diálogo con su contorno vital en el que prevalece la intención del mensaje sobre el lineamiento de los aspectos formales. Ese espontáneo lirismo que en *Las canciones de Ele-i* unía a su influyente ritmo una frescura de entonación exótica y primitiva, va afirmándose obstinadamente a través de bosques, minerales y ríos en esa enunciación dolorida del paisaje que hay en *El metal y la voz*, para desembocar en la rada luminosa que es *Amor y amar* en cuyos versos cálidos manifiesta Isaacson plenamente la necesidad de comunicación y de acercamiento que lo acosa.

En su último libro, ese mensaje esperanzado se eleva, con un apasionamiento que recuerda a menudo el encendido tono de los místicos españoles, hacia la fuerza poderosa y eterna de la poesía, como si ésta fuera una deidad rectora de su destino a quien reclama protección para que guíe su canto y afiance su ser sobre la tierra. El poeta se siente abrumado por el paso del tiempo y quiere dejar un vestigio de su incierto tránsito para aferrarse de alguna manera a la alegría, a la amistad, "¡ amor, cuando "la vida es / múltiple golpe, / ola presente, innumerables vaivén" (p. 19) que nos empuja de un lado a otro. Pero ese impulso alentador que puede darle la poesía, no siempre está a nuestro alcance y por momentos pareciera que su rostro —"concreto cristal / donde la luz se demora" (p. 21) nos rehuyese sin dejarnos recoger su mágica armonía. Por eso Isaacson desea exaltar su potente esplendor que unas veces es como un cielo extendido que sustenta el latir de su sangre y otras veces se le aparece como una amante cuya inasible presencia, ese "perfume / enamorando el aire / donde habita la rosa" (p. 51), trata de aprisionar ansiosamente.

Por medio de esta evocación de la poesía, simple elogio que aún confía en la gratuidad de la palabra, condensa Isaacson todo su afán de pureza, de idealismo, de sana fraternidad entre los hombres, y piensa que en la sucesión mansa de los días, en ese efímero durar donde "con pueriles posesiones / creemos adquirir solidez y permanencia" (p. 54), de nada valen esquemas ni razones que pretenden solucionarlo todo con su orden forzado y aparente. Sería necesario recuperar con el canto la conciencia limpia de una edad paradisiaca para que la vida dejara de ser este oscuro entrecruzamiento de propósitos, este ir y venir de despedidas y encuentros. En esa exaltación conmovida e intensa que nos entrega Isaacson, se mezclan elementos que ya estaban presentes en sus libros anteriores, pero encauzados ahora por un apremiante anhelo de prolongarse en la palabra, de perdurar en esa "memoria viva" que es el poema, hasta lograr que todo lo creado recobre su limpidez originaria y que su voz regna las dispersas voces que nombran "lo que fue dicho / y nunca tal vez / ya se repita" (p. 43).

Ese intento de expresarse, de convivir con el mundo en procura del esencial sentido de la existencia, no es sino la búsqueda de su propia trayectoria para orientar desde ese descubrimiento personal, el rumbo de aquellos que sólo ven la superficie de las cosas sin oír sus secretos rumores ni la ternura que las anima cotidianamente. Su oficio es "enarbolarse la canción / cuando el llanto enturbia la esperanza" (p. 73) para ofrecer a la humanidad "la sed que no se acaba / la espera que no ter-

mina, / la mañana que no comienza" (p. 74), pues en medio del distorsionado huir de los sucesos diarios, sólo aspira a recobrar los sentimientos valaderos para que desaparezca el odio y el amor sea por fin "único puente entre los hombres, / padre de la aventura, / razón de los días, / eje del crecimiento, / germen de la alegría" (p. 75).

Desde esta urgente ansiedad de permanencia que sostiene el fervoroso acento de José Isaacson en *Elogio de la poesía*, surge —sin rebuscados efectos estilísticos, pero a través de la madura posesión de sus recursos expresivos— un firme testimonio de esa entrañable vibración humana que destaca con tan personales rasgos a toda su producción poética.

Nélida Salvador

*Lope de Vega. Su vida y su obra*, por ALONSO ZAMORA VICENTE. Madrid. Gredos, 1961. 294 p.

Este estudio de Zamora Vicente sobre Lope de Vega es, en realidad, un libro dirigido especialmente a quienes se inician en la lectura de la obra lopesca. Desde este punto de vista, consideramos que el autor ha logrado su objetivo: primero da una visión sintética, pero completa, de la vertiginosa y contradictoria vida de Lope y pasa luego revista, en forma esquemática, a su fecunda obra. Examina así las obras no dramáticas (prosa, poemas narrativos y lírica), y luego su teatro. Como introducción a esta visión de las obras dramáticas de Lope, se refiere a la escena española en su tiempo, y a los hechos que dieron origen al establecimiento de los teatros, analiza luego las características del drama lopista y el *Arte nuevo de hacer comedias*, y hace finalmente una clasificación de las comedias siguiendo en general la de Menéndez Pelayo. Concluye la obra con una breve mención de los textos de Lope y su bibliografía.

En resumen, consideramos que, desde el punto de vista didáctico, es éste un libro útil para el gran público a quien se le dedica, ya que al analizar en forma sistemática la totalidad de la obra de Lope —tarea nada fácil dada la extensión de ella— le proporciona al lector el conocimiento de aspectos menos divulgados de su producción (novelas pastoriles, poemas religiosos, épicos, mitológicos) en los que el poeta se atuvo a las convenciones y el gusto de su época. A través de estas páginas, escritas en un estilo ágil y ameno, el autor revela además el conocimiento de la bibliografía fundamental sobre el tema.

Finalmente, juzgamos de utilidad salvar una errata deslizada en la nota de la pág. 246, donde no se menciona el autor del artículo al cual se remite y se cita erróneamente el volumen de la revista.

La cita correcta es: José F. Montesinos, *RFE*, VIII, 1921, tal como aparece en la p. 264 del libro que reseñamos.

Raquel Minian de Alfie

*Metamorfosis. El desarrollo humano y la psicología de la creatividad*, por ERNEST G. SCHACHTEL. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

El objeto de este libro es el estudio de la afectividad, la percepción, la atención enfocada y la memoria autobiográfica desde una perspectiva genética.

El primer tema propuesto es el de la afectividad.

Hace el autor una crítica de la teoría psicoanalítica de la afectividad fundamentada en recientes investigaciones cuyos resultados invalidarían la hipótesis de Freud (1900) que conceptualizaba cualquier afecto en términos de “descarga de una tensión acumulada”.

Basándose en dichas investigaciones y en observaciones del neopsicoanálisis de orientación culturalista propone el autor considerar otro tipo de afectos a los que denomina “Afectos actividad” y que describe en términos de “una tensión dirigida, sostenida y mantenida en la actividad”. Se trataría de un tipo de afecto que surge ya en la conducta mamaria y no está ligado manifiestamente a ninguna pulsión instintiva.

De este modo la dinámica de la vida afectiva surgiría de la relación dialéctica entre las dos cualidades básicas de la afectividad: el tipo de “afecto enclaustrado” —que responde a la conceptualización de Freud del año 1900— y el tipo de “afecto actividad” propuesto por el autor que nos ocupa.

En realidad, más que una teoría de la vida afectiva el trabajo del Dr. E. G. Schachtel conforma una tipología de la afectividad, que si bien introduce algún orden en los hechos observados, no llega a explicarlos. Al respecto debe reprochársele al autor el que no haya considerado desarrollos posteriores del psicoanálisis sobre este tópico.

Su estudio de la angustia, el placer, la esperanza y la alegría constituye un interesante análisis —en un nivel fenomenológico— de estas formas complejas de la vida afectiva. Pero su misma complejidad es la que confabula contra una convalidación empírica de los tipos de afectos propuestos en el área de estas expresiones emocionales.

La segunda parte del libro la dedica el autor a uno de los temas centrales de la psicología contemporánea: la percepción.

También respecto a este tema describe el Dr. Schachtel dos formas básicas de la percepción, de acuerdo al grado alcanzado por la función de objetivación y a la predominancia de esta función en las diferentes modalidades sensoriales.

La “Percepción Autocéntrica”, caracterizada por su carencia de objetivación, está centrada en la sensibilidad del sujeto percipiente, tiene una predominante cualidad sensorial y guarda estrecha relación con los sentimientos de placer o desagrado. Es propia de las primeras etapas de la evolución filo y ontogenética y perdura en la sensibilidad olfativa, térmica, del dolor y táctil del individuo. En su expresión patológica conforma el “autocentrismo secundario” que responde a “una actitud general autocéntrica” propia de personalidades inmaduras.

En contraste con el tipo descripto, la “Percepción Alocéntrica” es un proceso primordialmente centrado en el objeto. Predomina en los sentidos superiores (visión y audición), aún cuando los sentidos auto-

céntricos pueden alcanzar cierto grado de alocentricidad. Surge en las primeras etapas de la evolución infantil, se consolida a través de las actividades lúdicas para culminar con la percepción adulta, cuando se ha superado el tipo de relación infantil con el medio ambiente, y es doble obtener un conocimiento pleno del objeto. Respecto a la afectividad es independiente de las sensaciones de placer o desagrado.

Debe destacarse que una concepción como la expuesta, cuya riqueza de matices trasciende los límites de este comentario, logra sintetizar algunas de las hipótesis más relevantes de la psicología actual sobre el tema. Pero como se señaló anteriormente no se trata de una nueva teoría de la percepción, sino de una tipología de las actividades perceptivas.

La tercera última parte del libro la dedica el autor al problema de la atención y la memoria; y constituye un complemento necesario de los capítulos anteriores.

Estudia la atención dentro de un encuadre dinámico, describiendo el surgimiento de la "atención enfocada" a partir de la "atención difusa".

Diferencia la atención enfocada de la represión y destaca la importancia de este tipo de atención en los procesos genéticos del pensamiento. Desde la atención enfocada en un objeto hasta la atención centrada en la idea de un objeto; o sea la atención al servicio de los mecanismos de abstracción y generalización del pensamiento.

Son éstas entre otras las hipótesis que opone a las concepciones de Freud sobre la represión, la repetición compulsiva y la teoría de los procesos primarios y secundarios del pensamiento; acaso sin considerar que los referentes empíricos de la teoría freudiana se dan dentro del marco de la psicopatología y han sufrido a lo largo de más de treinta años variadas revisiones.

En el breve capítulo dedicado a la memoria autobiográfica y a la amnesia infantil, explica esta última en función de una falta de adecuación a las categorías de la memoria adulta —biológica, social e históricamente condicionada— a las experiencias infantiles. Oponiéndose obviamente a la clásica explicación psicoanalítica de la amnesia infantil en función de la represión.

Respecto a éste como a los capítulos anteriores, creemos que más que refutar las tesis psicoanalíticas, el autor las complementa en otro nivel de análisis que excede el del campo clínico donde naturalmente se ha desarrollado la investigación psicoanalítica.

Cabe preguntarse hasta qué punto ha logrado el Dr. E. G. Schachtel sintetizar las hipótesis a veces antagónicas que toma de las diversas escuelas psicológicas ya sea para fundamentar sus hipótesis o para refutarlas en base a sus propias formulaciones. Una respuesta valdría a esta cuestión requeriría una consideración metodológica que escapa a las posibilidades de este comentario y en segundo lugar una convalidación pragmática en la clínica psicoanalítica y una verificación empírica en el campo experimental que corrobore la utilidad y la atingencia de las ideas brillantemente expuestas por el autor. La importancia del tema y la originalidad con que es tratado lo justificaría ampliamente.

Debe señalarse —a pesar de no explicitarlo el Dr. Schachtel— que existen nexos entre la cualidad autocéntrica de la percepción, el tipo enclaustrado de la afectividad, la atención vaga y difusa y la caren-

cia de ejercicio de la memoria autobiográfica. Y también entre la cualidad aloecéntrica de la percepción, el predominio de una afectividad férreamente ligada a la acción, la atención enfocada y el ejercicio adecuado de la memoria autobiográfica. No escapará al lector atento que en la dinámica de estas interrelaciones intervienen prácticamente todas las variables por las que se preocupa hoy la investigación psicológica.

El psicólogo optimista podrá obtener de la lectura de este libro una imagen de la madurez de la ciencia psicológica.

Al psicólogo excéptico le parece aventurado emprender estudios que como el presente importan erigir teorías denasado omnicomprendivas sin atender suficientemente a un rigor metodológico que exige en el momento de las construcciones teóricas atenerse a hipótesis ya verificadas.

En síntesis, el libro del Dr. E. G. Schachtel puede ser la base de una psicología del más alto nivel; pero no constituye una teoría psicogenética de los procesos afectivos, perceptivos y mnémicos. En este sentido no responde a los interrogantes planteados por el autor al comienzo de su trabajo, o sólo responde en la medida de una lúcida especulación.

*Horacio Amigorena*

*Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*, por HÉCTOR RENÉ LAFLEUR, SERGIO D. PROVENZANO y FERNANDO PEDRO ALONSO. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962. 282 p. ilus. (Biblioteca del Sesquicentenario dirigida por Héctor Blas González, Serie Cuadernos Culturales).

La literatura argentina contemporánea se ha escrito originariamente en nuestros diarios y revistas. De ahí la importancia que tienen las publicaciones periódicas como fuentes para el conocimiento del pasado de las letras nacionales. Pero estos repertorios son tan numerosos y de localización tan difícil, ya sea por su vida efímera y la rareza de ejemplares, ya por la falta de series completas y los inconvenientes para precisar las fechas de aparición y cese de los mismos, que se hacía necesario un relevamiento completo de las hojas literarias argentinas para identificar cada una de ellas con los datos de rigor bibliográfico y sistematizar orgánicamente el conjunto del género para facilitar la búsqueda y consulta al estudioso que debe espigar en sus páginas.

Esta labor, de suyo prolija, lenta y engorrosa, la han realizado admirablemente bien los autores del presente libro. En él se traza un panorama cabal de las revistas literarias argentinas nacidas en las postrimerías del siglo pasado hasta llegar al año 1960.

La compilación y ordenamiento del rico material, cuya vertiente más importante pertenece a Provenzano —médico, escritor y bibliófilo—, se presenta en amplios esquemas cronológicos dentro de los cuales las publicaciones son catalogadas en forma alfabética de títulos con los

datos que permiten individualizarlas: nombre, carácter del periódico, directores, colaboraciones más destacadas, número inicial y último con sus respectivas fechas, etc.

Pero esta nomenclatura, que constituye una guía hemerográfica muy útil para dar una visión genérica de cada período histórico y orientar rápidamente al lector en la espesa maraña, fijando los hitos de referencia capitales, no basta, desde luego, como testimonio informativo del proceso de nuestra cultura literaria.

Las revistas —casi siempre aventuras de jóvenes— trasuntan de manera fidedigna la fisonomía espiritual de su tiempo. Sirven, muchas veces, como derroteros para comprender y juzgar hechos y actitudes. No poco de su contenido, por lo demás, es materia prima de que se nutrirá la futura historia literaria. Todo esto ha sido valorado con fino espíritu crítico por los autores que, al margen de la historia formal o externa de las publicaciones periódicas registradas, han esbozado, con aportes originales, algunos capítulos que señalan las causas y evolución de tendencias y factores en la historia de nuestras letras.

De esta manera los autores no sólo han exhumado nuevos yacimientos de riqueza intelectual, rescatándolos del olvido —sobre todo para los escritores de hoy— sino que han intentado con éxito una seria labor de exégesis y creación literaria que las futuras generaciones, con otra perspectiva, sabrán aprovechar como seguro antecedente para la estimación del proceso de nuestra cultura.

Domingo Buonocore

*El cuento en la literatura infantil; ensayo crítico*, por DORA

PASTORIZA DE ETCHEBARNE. Buenos Aires, Kapelusz, 1962.

232 p. (Biblioteca de Cultura Pedagógica 76).

De este libro puede decirse lo que afirma la autora respecto a la *Historia de la literatura infantil española*, escrita por Carmen Bravo Villasante hace cuatro años: es una obra fundamental para quien se interese por la literatura destinada a los niños. Y lo es tanto más si recordamos que nuestra bibliografía no registra ningún estudio sistemático de la producción argentina sobre la materia.

El trabajo —que originariamente fue presentado como tesis universitaria— está dirigido, como lo expresa la autora, al propósito de mejorar la calidad de este difícil género literario, para lo cual analiza con espíritu crítico la obra de los autores nacionales y formula las bases de una teoría o preceptiva acerca del cuento infantil, estableciendo las condiciones a que debe sujetarse en cuanto a la edad, estilo, propiedad del argumento, finalidad educadora, etc.

La segunda parte del libro está consagrada al estudio de las obras de autores argentinos de cuentos infantiles. Aquí la autora expone sus puntos de vista sobre diversos problemas relacionados con el tema y lo hace no sólo con criterio doctrinario sino en función de su experiencia docente en el Instituto "Félix F. Bernasconi" donde dicta la cátedra correspondiente en los cursos de perfeccionamiento para el magisterio. Este contacto directo con los enseñantes y con los niños le ha servido a PastORIZA de Etchebarne como guía valiosa para verificar sus

propios conocimientos y liberarse, al propio tiempo, de ciertos prejuicios dogmáticos que muchas veces están en pugna con la realidad viva y compleja del mundo del niño tan radicalmente distinto del mundo del adulto. En este sentido apunta sugerencias originales con relación a las características de la vida moderna que influyen en la literatura infantil, a la educación estética del niño y a las editoriales para dar a los libros infantiles la categoría artística y pedagógica que reclama este género literario.

En suma, estamos en presencia de una obra seriamente concebida y documentada. Por ello su consulta será indispensable tanto para los maestros como para los cultivadores del cuento y de la poesía infantil, en cuyas páginas hallarán reflexiones y consejos útiles y oportunos.

*Domingo Buonocore*

*El escritor y sus fantasmas*, por ERNESTO SÁBATO. Madrid - Buenos Aires, Aguilar, 1963. 268 p. (Colección Ensayistas hispánicos).

El ensayo específicamente literario cuenta entre nosotros con pocos cultivadores. Ello se explica, en cierto modo, recordando que este género difícil es obra de madurez y supone una tradición de cultura, amén de aptitudes singulares en quienes lo profesan.

Entre esos cultores de excepción, la literatura argentina contemporánea registra el nombre de Ernesto Sábato. En la personalidad de este autor se entremezclan armoniosamente el escritor, el científico y el filósofo. De su garra de novelista son testimonio vigorosos libros como "El túnel" y "Sobre héroes y tumbas", dos relatos fantásticos traducidos a las principales lenguas.

"El escritor y sus fantasmas" —su última obra— es el resultado de una larga experiencia literaria en torno de múltiples problemas de nuestro tiempo. Reflexiones y vacilaciones del espíritu, doctrinas e hipótesis, búsquedas afanosas y misterios de la creación poética, se hilvanan sutilmente a través de una prosa fluida y didáctica, en cuyo contexto el primor de la forma se une a la dignidad del pensamiento.

Más concretamente, como lo expresa Sábato en la nota preliminar, su libro responde a una obsesión que siempre atormentó su espíritu: ¿por qué, cómo y para qué se escriben ficciones?

A los fines de responder a esas preguntas, el autor destina un extenso capítulo inicial del libro y allí hace una selección de las cuestiones planteadas y de las razones de sus dichos. Con este motivo desfilan, con rico y curioso sabor autobiográfico, referencias y opiniones acerca de sus angustias de adolescente, de su formación intelectual, de los problemas del escritor argentino, de los designios que lo impulsaron a escribir sus novelas, de la técnica que emplea en su composición, del juicio que le merecen ciertos escritores como Borges, de las nuevas corrientes estéticas, del dilema literario Florida-Boedo, etc.

En los capítulos siguientes, Sábato analiza, con penetrante espíritu, las letras y las artes en la crisis de nuestro tiempo. Ideas de N.

Berdiaeff, Erich Kahler, Lewis Mumford, Kierkegaard, Hegel, Ortega y Gasset, Kafka, Gorki, Camus y Sartre se contraponen en un severo paralelo para luego extraer conclusiones originales relativas a las características de la novela contemporánea, a la influencia del espíritu científico sobre la misma, al arte y la contemplación mística, al arte y la sociedad y, aproximándose a los temas autóctonos, disquisiciones acerca del lenguaje castizo, el estilo, el idioma castellano, el valor de la crítica.

Desde la rebelión romántica hasta el existencialismo, desde el naturalismo hasta la literatura comprometida, no hay tema que inquiete al lector o escritor de nuestro tiempo, que escape al examen lúcido y vehemente de este ensayista siempre alerta a las vibraciones más sensibles del pensamiento creador.

El ensayo, por definición, tiene cierto carácter de cosa inacabada, de boceto, de esquema. Pero no es menos cierto también que este género requiere hondura de pensamiento, pues en última instancia el ensayo no es más que interpretación personal, vale decir reflejo y comunicación de nuestro mundo interior.

El libro que tenemos a la vista constituye un esfuerzo denso e intenso de valoración crítica de problemas vivos del quehacer intelectual. Y este rasgo le confiere al autor la categoría de un auténtico ensayista, ora profundo, ora aparentemente frívolo, pero siempre sugerente a la manera del clásico modelo francés.

Ernesto Sábato es un espíritu contradictorio, según él mismo lo reconoce, pero de una gran sinceridad y lealtad con su propia conciencia.

Precisamente, esa insobornable ética intelectual y los dictados de una firme vocación, lo llevaron primero, a abandonar definitivamente sus estudios científicos, después de obtener el doctorado en física y luego, a abjurar de sus convicciones marxistas de juventud. De esta manera, Sábato hallaría su camino de Damasco en el mundo enigmático de la ficción y de la creación literaria.

Las ciencias físico-matemáticas afinaron su temperamento y le dieron rigor y precisión al espíritu, calidades que facilitan el ejercicio de las letras. Esas virtudes mentales campean a lo largo de toda la obra escrita de este pensador austero y multiforme.

*Domingo Buonocore*

*Las obras de consulta (Reseña histórico-crítica)*, por ALICIA PERALES OJEDA. México, Universidad Nacional Autónoma, 1962. 373 p. (Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de consulta y bibliografía).

Las llamadas obras de consulta o de referencia son elementos auxiliares de uso moderno para el investigador moderno. Entran dentro de este concepto todos aquellos libros que nos sirven para obtener un dato o información breve o que nos ponen en la pista orientadora que nos llevará a la fuente del conocimiento objeto de nuestra indagación. Repertorios de este género son las enciclopedias, los diccionarios,

las bibliografías, los índices y otros trabajos similares que, en última instancia, aunque no proporcionen una noticia concreta, refieren, esto es, remiten a otras fuentes proveedoras de la misma.

El libro de Perales Ojeda, en sucesivos capítulos pasa revista a los distintos tipos o categorías de obras de referencia, examina los antecedentes de cada una de ellas, determina esquemáticamente el contenido y formula un juicio sobre el mérito de las mismas.

La obra está precedida de una introducción donde la autora señala los principios y características que deben tenerse en cuenta para valorar adecuadamente esos aspectos desde el doble punto de vista del fondo y de la forma.

Se trata de un trabajo útil no sólo para el bibliotecario y el bibliófilo sino, también, para todo estudioso necesitado de una opinión o consejo responsable acerca de estos elementos de información que, en la época actual, han adquirido un auge extraordinario y, por lo mismo, resulta muchas veces dudosa la elección o preferencia fundada en buenas razones.

Hubiera sido conveniente una sistematización más rigurosa y analítica de las diversas clases de obras de referencia. Lo mismo cabría decir del material que se inserta en los apéndices. A veces resultan un tanto arbitrarias ciertas clasificaciones que agrupan obras de discutible afinidad o vecindad ideológica.

Este reparo no disminuye en absoluto el valor e importancia del libro, verdadero lazarillo para quienes se internan, por primera vez, en la selva tupida de la bibliografía de obras de consulta.

D. B.

*Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneos*, por GUILLERMO DE TORRE. Barcelona - Buenos Aires E. D. H. A. S. A., 1963. 378 p. (Colección El Puente).

*Tres conceptos de la literatura hispanoamericana*, por GUILLERMO DE TORRE. Buenos Aires, Losada, 1963. 244 p. (Biblioteca de Estudios Literarios).

Jornalero laborioso de las letras y animador infatigable de empresas de cultura, Guillermo de Torre nos ofrece en el curso de corto tiempo del año actual dos nuevos testimonios de su incesante y renovado quehacer intelectual. En los libros que tenemos a la vista se refunden materiales diversos por su procedencia; artículos, ensayos, notas, disertaciones, etc., pero todos ellos indisolublemente unidos y vertebrados por un mismo ideal de amor a la cultura.

En estas dos obras Torre se mueve en planos diversos: en la primera analiza la gravitación de las masas en las letras y en las artes, tema casi inexplorado por los críticos contemporáneos. El libro se completa con otros textos de no menor interés que versan sobre las corrientes

tes de la abstracción y no figuración en la plástica de hoy, además de algunos capítulos acerca de las concepciones artísticas de André Malraux, cerrándose con una parte final donde el autor esboza coloridas semblanzas de algunos de los pintores y escultores de nuestro tiempo: Picasso, Gris, Torres-García, Dalí, Miró y Ferrant.

En la segunda obra, Guillermo de Torre, español de nacimiento pero a vecindado desde largos años en la Argentina, fija con riguroso sentido crítico el concepto de la literatura hispanoamericana y desarrolla en trazos vívidos su amplio y complejo panorama, señalando sobre todo —mérito singular— la verdadera naturaleza y significación de nuestros vínculos culturales con la madre patria. Los puntos de vista que nos ofrece en este libro son muy novedosos: por primera vez el examen comparado de la evolución del concepto de literatura hispanoamericana en tres grandes autores españoles: Juan Valera, Menéndez y Pelayo y Unamuno; las relaciones literarias entre Europa y América y estudios sobre figuras destacadas de las letras del continente: Güiraldes, Vallejo, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo, Marta Brunet, etc. Ensayos jugosos, originales, de rica sustancia crítica, en todos los casos Guillermo de Torre deja una huella lúcida sobre personas y temas que ilumina y analiza con juicio perspicaz y estilo fluido y castizo a la par.

La editorial Losada, en su vigésimo-quinto aniversario de fundación en Buenos Aires, asocia al homenaje por tan fausto acontecimiento el nombre del escritor ilustre que planeó con fino sentido estético las primeras colecciones de la casa y el del no menos famoso taller gráfico —la imprenta López— donde se estamparon millares de libros de irreprochable tipografía y buen gusto.

D. B.

*Jorge Enrique Ramponi. Precedido de un esquema de la literatura cuyana*, por JUAN PINTO. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1963. 157 p. (Biblioteca del Sesquicentenario. Colección Antologías).

Juan Pinto lleva cumplida una fecunda y múltiple labor literaria.

Poeta, ensayista, cuentista e historiador de nuestras letras, registra en su haber más de quince volúmenes publicados y tres o cuatro inéditos.

La presente obra está consagrada a Jorge Ramponi, el gran lírico mendocino, del cual recoge una selección de sus poemas más significativos, antología que ilustra y complementa con la apreciación crítica que formula en los dos extensos capítulos preliminares. En el primero de ellos —esquema de la literatura cuyana— Pinto logra cumplidamente ubicar a su autor en el ambiente en que surge, tarea nada fácil, por cierto, dada la escasez de información sobre la materia. No obstante, el cuadro diseñado, claro y preciso, ofrece un panorama con ricas apuntes críticas.

En la segunda parte del libro, Pinto efectúa un análisis penetrante

te y original de la poesía de Ramponi que, para él, conjuntamente con la de Pablo Neruda y César Vallejo, representa la expresión más alta del lirismo latinoamericano.

Sólo un poeta puede valorar con espíritu de comprensión y sensibilidad la faena creadora de otro poeta. Ello es, precisamente, lo que ha hecho, de manera admirable, Juan Pinto en este libro bello, equilibrado y sugerente.

A través de sus páginas se perfila nitidamente el hombre y el poeta de "Piedra infinita" en los detalles de su vida cotidiana y en la grandeza de su vida interior, plena de realidad misteriosa y de visión metafísica.

D. B.

*El ángel tenaz y Almas y fantasmas*, por MONTIEL BALLESTEROS. Editorial Clavileño 1963. 190 p.

Toda la obra de Montiel Ballesteros es un poema. Sus primeros escudos literarios fueron forjados, templados y probados en diamantino acero del verso y recogidos luego en libros de la primera juventud tales como "Primaveras", "Emoción" y "Savia".

Posteriormente le dio preferencia a la fábula, al cuento, al relato y la novela. Los múltiples personajes, grandes y chicos que echó a vagabundear entre la ciudadanía y campesinado mundiales, no entran en quince tupidos volúmenes. Utilizó la prosa como medio de movilidad y en ese género, durante más de ocho lustros, creó colecciones de fantasías que ya no caben en una constelación. Y la fortuna quiere que lo tengamos palpitando, al ritmo del corazón del mundo, con los ojos y todos los demás sentidos tan despiertos. Quien se acerque a sus obras verá el universo sembrado y ninbado totalmente de glorias poéticas. Este es Montiel Ballesteros.

Medio siglo casi estuvo Montiel Ballesteros ausente del verso. Pero, ahora que dispone de algún tiempo más, acaba de dar a publicidad en Montevideo el cuarto libro de poemas: "El ángel tenaz" en un solo volumen con "Almas y fantasmas", sonetos.

La Primera parte está integrada por un haz de dichos, sentencias e imágenes que, en verso libre, se deslizan bajo la mirada como emociones fugaces de la vida en esa ebúrnea heroicidad de la existencia. La segunda parte, son intentos de evocaciones biográficas de personajes ideales, pero casi todos reales en la procesión de lo divino y humano que idealizan al poeta.

En ese su rico lenguaje cachondo y a veces campanudo, Montiel Ballesteros deja para el recuerdo una grande cosecha de estrofas coronadas de verde laurel. El, que ha recorrido los caminos de la poesía, no se olvida de los atajos, ni del achaparrado cardo de todos olvidado, del ruido de los pasos muertos; ni tampoco del señor que se llama Dios, de la ausencia, de la soledad, de la palabra y del silencio que en todas las lenguas es el himno más elocuente.

En esa carrera emotiva, Montiel Ballesteros —que tiene su residencia en un paraíso uruguayo entre pinos y eucaliptus, donde hay sabor a sal marina y olor a resinas, a geranio y a malvón, y calor a cor-

dialidad y fraternidad humana que este libro rezuma— tiene una palabra de piedad para el mártir y la flor marchita, para la dulzura y el apóstrofe, para el pensamiento degollado y destripado en el lenguaje vulgar que es el exterminio peor. Y para cuantos han sido víctimas y mancillados por los muy pillos que nos han dismantelado y dejaron tan maltrecho al compañero Jesús, crucificado.

Estos esbozos de poemas, como él los cataloga, son pedazos de paisajes bucólicos que se le atravesaron en el camino a Montiel Ballesteros, atacándolo, obligándolo a seguir por el sendero, donde hay olor y perfume agreste y donde la naturaleza es más nueva.

Reincidente del verso, vuelve con amores y ventura al canto llano de la vida. Como claro manantial, que es toda la obra de Montiel Ballesteros, entre aquellos y estos versos sólo hay una separación de tiempo. Y un espacio llenado con sus demás libros en prosa, donde habla el gaucho y el gorrión y la calandria y donde las estrellas aparecen más grandes y brillantes.

Esta colección de sonetos se abre con la presencia del Quijote y lo siguen un quijotesco rosario de amigos entrañables entre poetas, pintores y músicos y una interminable cadena de maestros del arte y la literatura universales, cuyos eslabones no hieren ni pesan, sino que más bien nos transportan como ungidos a los cielos.

Aquí recoge Montiel Ballesteros las emociones de ese mundo de amigos inolvidables que después del Dante, Hugo y Beethoven, perteneció a Rubén Darío, a Amado Nervo, Ricardo Tudela y Angel Samblancat. Este libro de sonetos es una tarjeta de visita con la que nos presentamos a Emilio Frugoni, Juana de América, Fernán Silva Valdés, Angel Falco, Mauleón Castillo, Antonio de Undurraga y cien más, cada uno de los cuales plantó una estrofa en nuestro jardín florido.

*Campio Carpio*

*Poemas*, por A. C. VILA ORTIZ. Rosario, Edición del autor, 1961. 88 p.

El testimonio de la validez de un poeta suele darlo, no pocas veces, la autenticidad de su poesía. Porque, como en toda obra de creación, también en la poética se dan extrañas adiciones de fórmulas, de contrasentidos y de ilusiones, que configuran (o tratan de configurar, al menos) una integración aparential. Esto: que se da en todo poeta, pintor o músico, suele provocar una resistencia inusitada en los ánimos prevenidos, deseosos de ubicarse y ubicar al esteta y su sentimiento en un mismo y único programa expresional. En el caso particular de Vila Ortiz, la poesía nace en forma de una secreta alegría, con un tiempo intemporal pero hecho de una existencia auténtica y sin medida; poesía clara, sin concesiones ni hipocresías.

Sus poemas, sin ser confesiones, conservan el recoleto y necesario tono íntimo que no se queda en la propia voz baja, sino que alcanza la interioridad de los otros en una catarsis de principios. Transitando los estados del alma, ciertos horizontes del entresueño, algún tras-mundo y mucho de este costado de tierra, Vila Ortiz retrata desde su

distancia de contemplador la soledad y el misterio del hombre. Soledad y misterio que le conmueven terriblemente, no permitiéndole caer nunca en el frecuentado "juego" poético.

La limpieza de imágenes, lo pristino de sus formulaciones, le permiten constuir una poesía que, por sobre todo, merece adjetivarse como latiente. A veces, y de este modo, su poesía es un largo pensamiento, estirado y sustancial, donde las palabras se dejan caer grave e inexorablemente. "No hay otro lenguaje / no hay palabras / los habitantes callan y pasan / silenciosos / casi olvidados / pero si uno se queda quieto como si fuera uno de ellos / y los observa / que es algo muy difícil y lleva mucho tiempo / ve en el fondo de los ojos / en la boca muda / en la piel limpia / que los habitantes están pensando en algo / algo que les devuelve una secreta alegría".

En "La estancia San Simón", Vila Ortiz integra pacientemente la voluntad del día. Y desde el amanecer, a la mañana, la noche y el sueño, desglosa el pensamiento poético de vivir un día más. En "La tarde", testimonia definitivo: "Luego /diría alguien / el juego de ajedrez del bochorno / el silencio requerido por el no-viento / la mirada cerrada sobre el límite de / las casuarinas / una espera compartida / un recuerdo incommunicable".

Esse testimonio, como el que brinda en sus poemas a Césare Pavese, a Rodolfo Alonso o a Dylan Thomas, son otros tantos mediorros-tros de A. C. Vila Ortiz: poeta potencial y dignificante.

*J. M. Taverna Irigoyen*

*Obra poética*, por VICENTE BARBIERI. Anotación preliminar de

Carlos Mastronardi. Epílogo por Juan Carlos Ghiano.

Buenos Aires. Emecé Editores, 1962. 430 p.

Existe actualmente en nuestro país el afán de una corriente reivindicatoria alrededor de ciertos valores-claves de la literatura; como si a través de dicho afán se quisieran expurgar muchos olvidos y no menos dilaciones judicativas, un sector de críticos y editorialistas se han dado a la tarea necesariamente justiciera de dar a los escritores argentinos su debido lugar. Dicho saludable consenso, abre la perspectiva siempre impostergable de ubicación de quienes de una u otra forma han contribuido al desarrollo de las letras, posibilitando además el trazado de las coordenadas para una historia-suma de la literatura nacional.

A las Ediciones Culturales Argentinas del Ministerio de Educación y Justicia, a las de Eudeba, Sur y Losada, se suma la selección de Obras Contemporáneas de Emecé, que cumple una labor esclarecedora, auténtica y de serios relieves. Gracias a ella, nos llega una bien cuidada edición de la obra poética de Vicente Barbieri, el poeta de "El bailarín", con comentarios suscintos pero orientadores de Carlos Mastronardi y Juan Carlos Ghiano.

En la obra que comentamos, se ordenan los libros sucesivos de Barbieri —desde "Fábula del corazón" hasta "Número impar", "Ani-

llo de sal" y "El bailarín"— incluyendo además los poemas no reunidos en libros. Cierra el volumen una seria bibliografía reunida por Horacio Jorge Becco, que incluye los trabajos de poesía, prosa, teatro, ensayos, discografías, antologías y críticas del notable escritor argentino.

A juicio de Ghiano, la obra de Barbieri es el "testimonio de un canto irrenunciable, impuesta en pesada y dulce certeza; quizás su forma de pago a aquella infancia nunca olvidada: manera intensa de saldar una deuda que lo constanciaba con los seres y lugares del recuerdo". A través de su canto, no damos con "metáforas canónicas o estrictas", con recursos verbales o estilísticos que estén alejados de una emoción simbolista o que empalidezcan la primera intención de ser fiel a sí mismo. En toda su obra y específicamente en la poética, Vicente Barbieri hermanó la pasión y la gracia en un sutil y definitivo connubio de amor. Porque, como lo destaca agudamente Mastronardi, "sus versos obran a manera de poderosa descarga, ocasionan un largo deslumbramiento y se apoyan con levedad en el tema que les sirve de base, como si el mundo visible y la vida inmediata fueran el ínfimo escalón desde el cual es preciso ascender, según lo requiere la doctrina platónica, hacia los serenos arquetipos de la poesía".

En definitiva, doblemente auspiciosa es la aparición de la "Obra Poética" del malogrado Vicente Barbieri: en primer lugar, se reúne cuidadosamente en un volumen el panorama total de su estro poético, con su respectivo análisis y crítica valorativa; en segundo lugar, se ubica al escritor dentro del vasto imperio de nuestra lengua, orientando al lector argentino acerca del camino de realidad que siguió durante su vida de creación.

*J. M. Taverna Irigoyen*

*Estudios sobre el barroco.* Revista de la Universidad de Madrid. Con la colaboración de Fernando Chueca Goitia, el Marqués de Lozoya, José Luis Alonso Misol, Helmut Hatfeld, Ramón Ceñal S. J., Emilio Orozco Díaz, José María López Piñero, José de Azcárate, J. Casaldueiro y C. Galassi Paluzzi. Volumen XI. Nos. 42-43. Madrid, 1962. 586 p.

Resulta sumamente útil e ilustrativa la lectura de estos estudios sobre el barroco. La Revista de la Universidad de Madrid, abocada desde sus primeros números al análisis de corte monográfico de problemas corrientes y temas humanísticos de relevancia, concurre ahora al buceo de un estilo dentro de los estilos, avalada con el concurso de numerosos profesores de la casa.

A través de la lectura del volumen, se advierte la firme intención —de parte de los gestores de la empresa— de llevar el tema a un plano analítico superior, dando al barroco su íntegra influencia dentro de las constantes históricas. Partiendo del barroco como concepto, o si se

quiere, con terminología orsiana, como categoría, los diversos autores trazan su evolución y gravitar a través de las épocas, ismos y planos estéticos.

En la evolución antedicha, desfila el barroco *sensu stricto* que fuera durante mucho tiempo una época maldita y aborrecida por los espíritus cultivados, su absolución después de desaparecido el último rescaldo del espíritu y la estética romántica, y su resurgimiento —hacia el 1910— con la exaltación arrolladora y desmedida de lo que se desentierra después de mucha muralla de silencio. De este arte y forma de cultura de los siglos XVII y XVIII, los sucesivos autores van delineando al barroco académico, las distancias entre manierismo y barroco, el barroco hispánico y su arquitectura, las iglesias votivas, el rococó e informalismo, la literatura barroca, la literatura religiosa y el barroco, la medicina del barroco español, la Compañía de Jesús y el barroco, etc.

En definitiva, resulta de gran utilidad para todo historiador del arte actual y estudiosos en general, la lectura de este libro. En su contenido, el estilo de Bernini, el "Grand Gout", surge con vigencia notable y justa.

J. M. Taverna Irigoyen

*Winnetka; Historia y significación de un experimento pedagógico*, por CARLETON W. WASHBURNE. Buenos Aires, Editorial Losada, 1962. 187 p. (Serie "La escuela activa").

Este libro contiene el relato circunstanciado del desarrollo de uno de los más interesantes experimentos llevados a cabo en el terreno de la nueva educación. Conviene destacar de inmediato que el autor de la obra ha sido el iniciador del sistema educativo de Winnetka y su entusiasta director durante veinticuatro años, de modo que sus páginas nos presentan experiencias vividas directamente a lo largo de la diaria labor escolar.

Carleton W. Washburne compara el desenvolvimiento del ensayo de Winnetka al curso de un río que durante su trayecto fue enriqueciéndose su caudal con el aporte de tres corrientes menores.

La primera emana del deseo formal de un grupo de vecinos de Winnetka de contribuir a mejorar las escuelas públicas de la localidad para que sus hijos recibieran los beneficios de ese cambio favorable. Ese deseo se concretó en 1914 con el ingreso de un grupo de esos vecinos al Consejo Escolar, pero la verdadera labor de renovación tendrá su comienzo en 1919.

La segunda corriente se origina en la Escuela Normal de San Francisco dirigida por el doctor Frederic Burk, "hombre de gran cultura, de aún mayores ideales, de tremenda energía y gran originalidad". En esa escuela normal, desde 1912, la profesora Mary Ward, ampliamente apoyada por Burk, había iniciado experimentos pedagógicos de gran importancia.

La tercera corriente, por último, surge del mismo Carleton W.

Washburne cuyos tanteos renovadores como maestro rural, en California, lo pusieron en relación con Frederic Burk y lo llevaron a incorporarse, en 1914, al cuerpo docente de la Escuela Normal de San Francisco, donde realizó una experiencia que fue decisiva para su porvenir de educador.

En esa forma se unieron dos de las corrientes señaladas. La con-junción definitiva tendrá lugar en 1919, cuando Washburne sea llama-do a dirigir las escuelas públicas de Winnetka y reciba un amplio vo-to de confianza para su tarea de parte del Consejo Escolar. "Desde aquella fecha —escribe el maestro— las tres corrientes se unieron en un río que fluye todavía. Ningún otro río ha seguido el mismo curso, pero innumerables campos han sido irrigados por él".

El sistema educativo de Winnetka ha sabido combinar en forma armónica el trabajo individualizado de los alumnos con las actividades creadoras por grupos. Las innovaciones fueron siempre cautelosas y sólo se introdujeron en forma general una vez probada su eficacia dentro de los grupos escolares. El personal docente, sabiamente conducido, extremaba las precauciones para que el ensayo mantuviera su vitalidad y se evitara a todo trance la rutina. La creciente importancia del siste-ma educativo obligó más adelante a sus mantenedores a considerar el problema de la formación de los nuevos maestros y con miras a la so-lución del mismo se organizó, en 1932, el *Graduate Teachers College of Winnetka*.

La influencia del sistema educativo de Winnetka ha sido muy gran-de en los Estados Unidos (y por ende en los países que reciben su in-fluencia pedagógica), especialmente dentro del campo de la escuela pri-maria. Muchas prácticas ensayadas por sus maestros son ahora de uso corriente en las escuelas públicas. Washburne termina el relato de sus fecundas experiencias diciéndonos: "Winnetka ha sido, y es, una par-te integrante del movimiento progresivo de la educación. Durante más de cuarenta años ha sido un centro en el que se han fundido muchas influencias. Puestas a prueba en las condiciones de un sistema de edu-cación pública, modificadas por la investigación y la experiencia, esas influencias han vuelto de nuevo al mundo de la educación como una nueva unidad".

Marta Elena Samatan

### *La abulia mental en latinoamérica*, por EMILIO DE MATTEIS.

Buenos Aires, Editorial La Mandrágora, 1963, 94 p.

Denso en verdades, rico en sugerencias, polémico en su planteo, este ensayo nos enfrenta con un aspecto de la realidad latinoamericana. Y si bien en algunas cuestiones puede alegarse falta de originalidad, no podrá discutirse la singularidad del enfoque general del problema.

El autor sostiene que "hay algo que fundamentalmente ejerce preponderante acción en los fenómenos mentales, y también orgánicos, y es el *saber pensar*", y considera que en latinoamérica la abulia mental —no querer pensar— es la causante directa de la inercia —no querer realizar lo que se ha pensado— y el factor determinante de ese pro-

ceso de estancamiento político, social y económico que caracteriza a todas las naciones americanas.

Emilio de Matteis, autor de *Análisis de la vida argentina* (Premio Americalée 1962), analiza en tres capítulos —Las civilizaciones precolombinas y su traslación en el tiempo; Psicología de la realidad latinoamericana; y La abulia mental y sus consecuencias— distintos aspectos del problema planteado con rigor dialéctico. Obra sin duda escrita con apasionado fervor crítico, sin fáciles concesiones a sentimientos raciales o patrióticos, representa un logrado intento por dilucidar cuestiones que inciden de manera precisa en el desenvolvimiento de los países latinoamericanos.

E. E. S.

*Pintura argentina contemporánea*, por MARÍA LAURA SAN MARTÍN. Buenos Aires, Editorial La Mandrágora, 1961. 263 p. 21 ilustr. en color y 57 en blanco y negro.

Nuevo aporte al estudio de la pintura argentina contemporánea, este trabajo de María Laura San Martín se resiente, empero, en nuestra opinión, de un error ya común en la apreciación del arte nacional: el considerar argentino, en general, el movimiento que se registra en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires y referirse a las manifestaciones artísticas del interior en forma separada, como si fueran expresiones aisladas.

Creemos que el arte argentino debe ser considerado con un sentido de unidad y que, por lo tanto, el lugar de residencia del artista o el tema local que informa el quehacer del mismo no pueden determinar una ubicación particular dentro del panorama general. La Nación es una y tanto el pintor que labora en la Capital Federal como el que lo hace en el interior del país, trabajan con los mismos elementos técnicos. Se hace informalismo o abstracción en Buenos Aires como en Santa Fe, y se pinta lo regional en la Boca como en Santiago del Estero. Por eso no llegamos a comprender la reiteración de este criterio limitativo. ¿Por qué ubicar a destacados valores de la plástica como Gambartes, Vanzo, Supisiche, Coutaret, Pantoja y tantos otros, muchos de ellos premiados en salones nacionales, dentro de un capítulo referido a *El movimiento contemporáneo en algunas ciudades del interior*, separándolos de una evaluación de conjunto, que en resumidas cuentas es lo que da sentido y vigencia a la pintura de un país?

Salvado este equivocado enfoque y uno que otro pequeño error deslizado al tratar la labor individual de los pintores nombrados, como cuando se afirma, refiriéndose a Cochet, que *ocasionalmente* cultiva la naturaleza muerta (pág. 67); cuando se da a Berni como nacido en Santa Fe, en lugar de Rosario (pág. 125), o al omitirse a un pintor como Paganini, que representa dentro de la pintura del Litoral una auténtica expresión de arte regional, la obra puede señalarse como una contribución parcial para el conocimiento y ubicación de nuestros pintores, ya que quizás por un localismo exagerado o por el desconocimien-

to de lo que ocurrió en el país, fuera de la capital, puede llevar a la autora a opinar que Rosario, Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Mendoza "continúan siendo más o menos tributarias de lo que Buenos Aires les envía" (pág. 151), olvidando que en las ciudades citadas el movimiento artístico alcanza ya varias décadas de intensa labor, que todas ellas poseen uno o dos museos y una o dos escuelas de artes plásticas y que el Premio Palanza, que considera importante (pág. 151), reunió este año a varios pintores del interior.

Setenta y ocho reproducciones ilustran el volumen y es de lamentar que también aquí se vean relegados los artistas residentes en el interior, salvo dos o tres excepciones.

La impresión, excelente, significa un esfuerzo más de Editorial La Mandrágora que es justo destacar.

E. R. S.

*Antonio de Solís cronista indiano*. Estudio sobre las formas historiográficas del Barroco por LUIS A. AROCENA. Buenos Aires, EUDEBA [1963] (Biblioteca de América). 526 p. 31 láminas.

La vida y la obra del cronista Antonio de Solís, a la par de los criterios historiográficos de la época, reciben un tratamiento exhaustivo de parte del catedrático de la universidad de Buenos Aires D. Luis A. Arocena. Libro madurado durante el alejamiento de la patria, mientras el autor ejercía alta docencia en distintos lugares de América, es fruto de intensas búsquedas de materiales éditos e inéditos en bibliotecas y archivos españoles. Por el rigor de sus consideraciones, la profundidad de su pensamiento y lo prolijo de su documentación ha de ocupar en adelante un puesto de honor en la disciplina respectiva.

Después de referirse a los orígenes del cargo de cronista mayor de Indias, creado por el rey Felipe II en 24 de septiembre de 1571, la lista de cuyos titulares comenzaría con Gonzalo Fernández de Oviedo, el profesor Arocena presenta una puntual biografía de Antonio de Solís. En seguida pasa a estudiar su obra intelectual.

Quien nos legara la *Historia de la Conquista de México* poseía una concepción providencialista de su materia. Ferviente católico, al punto que al final de su vida ingresa a una orden monástica, sostiene que los sucesos históricos muestran el cumplimiento de los designios divinos. Fortuna y Destino son los instrumentos de tales designios, contra los que el Demonio se interpone a menudo.

De acuerdo con la finalidad pragmática entrevista han de trasuntarse en el famoso libro las experiencias políticas contemporáneas. Así es notorio el anti-maquivelismo del cronista, una adhesión ciega a la monarquía, preferencia por las clases nobles, desconfianza hacia el pueblo y gusto por los tópicos militares. Sin sacar mayor partido de la documentación que por su cargo disponía, Solís se manifiesta más alerta en cuanto a la consulta de fuentes literarias, si bien son muchas las que desaprovecha. A este respecto, el profesor Arocena abona su pro-

bilidad intelectual y reconoce que aquella historia se concibió a la manera de un gran drama heroico, compuesto con arte primoroso.

Dos capítulos consagra el actual exégeta al análisis de los elementos formales del relato, entre los cuales los discursos ocupan puesto visible. Las digresiones se ubican oportunamente, mientras la descripción "es producto de un cuidadoso y fino trabajo intelectual". Abundan los retratos psicológicos y el protagonista —Hernán Cortés— es idealizado al extremo de aparecer cual imagen viva del héroe concebido por Baltasar Gracián. "La poesía y el poeta se asoman en más de una ocasión a las páginas de la *Historia*", afirma el profesor Arocena.

Sin desdeñar por entero las virtudes del indígena, Solís admite el necesario dominio español, aunque alguna vez condene la esclavitud de los naturales. Reivindica el sentido espiritual de la conquista de México y defiende a España de las acusaciones esgrimidas a propósito.

Universalmente celebrado por los contemporáneos, el prestigio de Antonio de Solís comienza a decaer a fines del siglo XVIII, siendo objeto de fuertes críticas por historiadores de la siguiente centuria. Estas se mantienen hasta nuestros días, "sin más paliativo que el que puede aprovecharle de la admiración prodigada a la obra de arte o al espíritu que la anima" (pág. 273).

El profesor Arocena sintetiza su juicio con estas palabras: "Las objeciones más porfiadamente formuladas a la crónica de la conquista de México, han sido y son todavía las que sugieren el empleo de recursos estilísticos hoy extraños a la composición histórica, y el falso perfil espiritual con que Solís presenta a los protagonistas de su *Historia*" (pág. 280).

Escrita en lucida prosa, ágil y castiza, la importante obra se integra con una muy completa noticia bibliográfica, un apéndice de cuarenta y siete documentos inéditos y una nutrida serie iconográfica. Elogio aparte corresponde a la excelente presentación tipográfica, que honra a la artesanía argentina.

Beatriz Bosch

*La Banda Oriental y la Gaceta de Buenos Aires*, por JOSÉ TORRE REVELLO. Montevideo, 1963. 50 p. 2 ilustraciones.

Tras un sagaz sondeo en las páginas de *La Gaceta de Buenos Aires* el conocido investigador José Torre Revello reconstruye episodios relacionados con los efectos inmediatos de la Revolución de Mayo en la Banda Oriental del Uruguay. El citado periódico resulta fuente primordial para el estudio de la misión confiada por la 1ª Junta a Juan José Paso, del movimiento de los tenientes coroneles Prudencio Murguiondo y Juan Balbín de Vallejo, de la ruptura entre Buenos Aires y Montevideo, de los pasos del emisario español José Primo de Rivera y de la presencia de navíos ingleses en el río de la Plata.

Comprendiendo la importancia de la acción de la imprenta, los contrarrevolucionarios fundan *La Gaceta de Montevideo*, que no tarda en polemizar con el órgano de Mariano Moreno. Los artículos del "numen

de Mayo”, por su parte, se difunden con rapidez en la campaña oriental. Entre sus lectores aprovechados se encuentra José Artigas, de cuyas iniciales actividades subversivas ofrece buen detalle el periódico porteño. Concluye Torre Revello: “*La Gazeta de Buenos Ayres*, el órgano de la revolución emancipadora, recogió en sus gloriosas planas las inquietudes de los habitantes de ambas márgenes del Plata que formaron filas en la contienda y que lucharon por un común ideal. En los partes de las acciones de guerra, que en ella se publicaron, hallamos unidos los nombres de ilustres combatientes que fueron a la guerra llevados por un mismo amor al terruño y a la libertad del suelo americano”.

Beatriz Bosch

*La insurrección de Tupac Amaru*, por BOLESLAO LEWIN. Buenos Aires, EUDEBA [1963]. Biblioteca de América. 111 p.

Destinado a lectores de un público vasto, este breve volumen condensa largos años de investigaciones sobre un tema de tratamiento poco frecuente. El autor ya lo consideró en dos ocasiones anteriores: en 1943 y en 1957. Por el número y calidad de sus aportes al mismo, Boleslao Lewin ha logrado un dominio en la materia reconocido en todos los ambientes culturales del país y del extranjero.

Con motivo de la salida del volumen mayor —*La rebelión de Tupac Amaru*, que editó Hachette y recibiera el premio “Ricardo Rojas” otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires—, quien escribe estas líneas le dedicó un extenso comentario en las columnas del diario *La Prensa*. Volver sobre ello, sería reiterar el elogio correspondiente a tan exhaustiva obra. Nos limitaremos, pues, a celebrar el acierto de la Editorial Universitaria de Buenos Aires al difundir sus profundas y novedosas conclusiones en amplios sectores sociales del continente.

Beatriz Bosch

*Historia de la Universidad de Montevideo. La Universidad Vieja. 1849 - 1885*, por JUAN ANTONIO ODDONE y M. BLANCA PARIS DE ODDONE. Montevideo, Universidad de la República, 1963. 572 p.

Merecedor del premio “Presidente Oribe”, discernido por la universidad del país hermano, este libro expone con rápidos y agudos trazos el desarrollo de un establecimiento, a cuyos orígenes se ligan varios ilustres argentinos. Uno de ellos es Luis J. de la Peña, secretario de Urquiza en distintas ocasiones. El uruguayo Manuel Herrera y Obes, igualmente vinculado a la gesta del delbelador de la dictadura, es el *factotum* de la década inicial (1849-1859). La casa nace “con el espíritu de la universidad napoleónica, concebida como un servicio de Estado”. Como

su modelo aspira a abarcar todas las ramas de la enseñanza, mas el ambicioso plan tarda años en cumplirse por entero.

Apenas fundada la Universidad de la Montevideo del Sitio debe luchar contra la influencia de los jesuitas, los que pretenden dominar las diversas posiciones de la docencia pública. En 1851 se declara únicamente válidos a los estudios cursados en el establecimiento estatal. Medida revisada posteriormente durante el período del Presidente Gabriel A. Pereira.

En los sucesivos rectorados del doctor Fermín Ferreira, a partir de 1859, se acentúa la fisonomía liberal por tres décadas. El auge de esta tendencia se observa entre los años 1869 a 1880 con el triunfo sobre fuertes núcleos clericales. Más adelante se encumbra el positivismo por obra de los catedráticos Eduardo Acevedo y Martín C. Martínez. Empero, hacia 1883 con José Pedro Ramírez se asienta el espiritualismo filosófico. La ley orgánica de 1885 señala el fin de una etapa, que se ha dado en denominar de la "universidad vieja".

En la segunda parte del libro los autores pasan revista a la orientación docente de las cátedras. Planes, programas y métodos se estudian aquí en detalle, aportándose en tal forma un interesante capítulo a la historia de las ideas, materia en la cual aquéllos se reconocen deudores intelectuales de Arturo Ardao, "cabal iniciador y maestro".

En la parte final Juan Antonio Oddone y M. Blanca París de Oddone muestran las relaciones entre la Universidad y su contorno social. Reconocen en primer término la estrechez de recursos con que se desenvolvió; luego, las resistencias que provocó y por último su gravitación en el campo político. Formar ciudadanos, capacitar profesionales y técnicos fueron ideales sucesivos.

Buena parte del libro, 269 páginas, está constituida por los anexos: textos y documentos, cronologías de las autoridades, cuadros estadísticos de las inscripciones de alumnos y una extensa y metódica bibliografía, elementos con los cuales se integra una visión profunda del problema de la cultura superior en el Uruguay durante décadas decisivas en la vida nacional.

*Beatriz Bosch*

### *Psicopedagogía de la afectividad adolescente*, por OSVALDO

VÍCTOR CRESPO. Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1963.

114 p.

Todo lo que sea iluminar ese enigmático momento de la vida humana que es la adolescencia, debe ser bien acogido no sólo por psicólogos, sino sobre todo, por maestros y profesores. Esta actitud debe ser más franca, cuando la investigación es realizada por argentinos, sobre grupos humanos que nos están también directamente vinculados.

Ese es el caso del libro del profesor Crespo que nos ocupa.

Muchas causas inciden en el retraso de las escuelas primarias y secundarias en cuanto a sus estructuras pedagógicas y educativas. Una de ellas es el planteo meramente teórico y a veces sólo informativo de problemas que ya no es posible soslayar como el psicológico y el sociológico en relación a la educación. Pareciera que faltara el empuje para que

mediante experiencias y realizaciones continuadas, que sirvieran de base a una teoría, entrara por fin, en el ámbito escolar la preocupación ardiente por la generación joven que tenemos al lado, pero que no acertamos a comprender.

Pero por otro lado, las innovaciones o experiencias que hubieran podido de alguna manera encauzar una obra educativa veraz y seria, no han respondido a una política educativa, bien fundada, de base filosófica. Nada se deja madurar en relación a la escuela, ni siquiera para dar paso a la crítica certera, alumbradora, que despeja errores y afirma lo verdadero.

Los resultados de las investigaciones sociológicas y psicológicas deben volcarse con urgencia al campo pedagógico, y los problemas concretos del aula deben ser considerados a la luz de tales hallazgos.

El libro del profesor Crespo expone una experiencia doblemente valiosa: enlaza aquellos dos aspectos importantísimos para la educación de la adolescencia; se lleva a cabo sobre una actividad particularmente viva en la citada etapa humana, la afectividad. logra de esa manera un esquema interpretativo de la adolescencia, a través de un aspecto raramente tocado hasta ahora en nuestro ámbito, y lo hace con un elevado e integral sentido del hombre.

Un espíritu altamente educador signa esta profunda experiencia. Claro en la introducción, podríamos abarcarlo en dos frases referidas una, al educador, la otra, al enseñar mismo: "todo depende de la trascendencia con que se acepta la obligación de educar, sin sustraerse a la gravedad filosófica que el acto implica". Y esta otra: "toda la paciente enseñanza de un día no tiene valor si se produjo un solo gesto despectivo, advertido o no; el conjunto de informaciones necesita llegar sellado por la emoción; de otro modo se transforma en una carga, en un elemento más a fijar, simplemente". Por lo tanto hay un postulado básico: el medio natural en que se desenvuelve el acto educador es afectivo y todos los otros factores "repercuten sobre las relaciones que afectan así la personalidad del alumno".

Desde allí, cada capítulo de esta paciente y limpia investigación psicopedagógica revela las etapas cumplidas. Desde las fuentes mismas que le sirvieron de base —psicológicas y sociológicas—, el "método operacional" se detalla con precisión.

Una inteligente, una comprensiva interpretación de las distintas formaciones grupales y sus respectivas estructuración efectiva, lleva a cabo el autor en los capítulos II, III, IV y V. El múltiple juego de las vinculaciones afectivas, permite ubicar a cada alumno, en el conjunto.

El capítulo VI recoge las consecuencias de la experiencia realizada. El grupo es formativo —se afirma—. Cada uno de ellos tiene "una categoría propia, una compleja estructura de valores, en estado de modificación" y en ellos, en la posibilitada apertura de su ser afectivo, la personalidad del adolescente se integra.

Reconforta el que tras la línea de aquel pedagogo argentino que fue Mantovani —citado por el autor—, en medio de frías estadísticas, de términos medios, de casilleros donde suelen morir en una matemática mediana la personalidad, una experiencia argentina nos recuerde que "una clase es un organismo que tiene cuerpo y espíritu".

La Editorial Kapelusz al añadir a su Biblioteca de Cultura Pedagógica este libro, continúa su positivo esfuerzo en torno a problemas educativos.

*Angela G. de Reggiardo*

*Manual para el examen psicológico del niño*, por RENÉ ZAZZO.  
Buenos Aires. Editorial Kapelusz, 1963. 479 p.

En su "Biblioteca de Psicología Contemporánea", Kapelusz ha editado este manual que reúne las experiencias de un grupo de psicólogos y médicos de París.

Esta incidencia de las dos direcciones que han caracterizado los estudios de la psicología clásica francesa, nos previene ya sobre el tono y el sentido de las experiencias y de su interpretación. Es en el prólogo donde captamos el verdadero punto de partida de su investigación. La vieja polémica sobre el valor de los tests sirve al autor para trazar las líneas de su tarea.

El método de test —dice—, es una síntesis del método experimental y del clínico; intuición, es decir, ingenio creador, y objetividad son momentos dentro de una misma búsqueda.

Crítica por igual a los que creen en la milagrosa seguridad de las pruebas psicológicas, y a aquellos que desde la orilla opuesta les niegan toda posibilidad de averiguación.

Profanos ambos, oponen violenta e irremediablemente el espíritu geométrico al sagaz, como si ambos no pudieran conciliarse en la interpretación final del hombre que los utiliza.

El autor nos lleva al punto exacto desde el cual es necesario evaluar una prueba psicológica: 1º En cuanto a su aplicación, hay un valor relativo dado por las circunstancias y formas de su utilización, por el hecho de que el experimentador tiene conciencia de los límites de sus instrumentos. Gráficamente expresa que los tests no dan una medida fija de lo que aprecian, como tampoco el termómetro mide la fiebre en su nivel definitivo, 2º. La calificación de un sujeto se determina en relación a una población que biológica y socialmente es definida.

El test es para él, casi una hipótesis interpretativa, "un modelo" que nos permite comprobar un punto, y que tiene sobre lo puramente explicativo, no experimental, algunas ventajas. Entre estas últimas cita una crítica de las nociones psicológicas, de inaner permanente, una necesidad de control sistemático sobre ellas. Por otra parte da el real alcance logrado en esas pruebas, su eficacia y su verdad.

Cada capítulo dedicado a las distintas pruebas y bajo la responsabilidad de colaboradores como Galifret-Granjon, Mathon, Santucci y Stambak, tiene una sistemática e integrada elaboración, donde se suman a la mera exposición, datos históricos, descripción del material, cualidades médicas y clínicas, y validez.

El resumen y la abundante bibliografía de cada capítulo, dicen de la seriedad y prolijidad con que se da al público el resultado de pacientes años de experiencias. La parte IV, con su original investigación del bestiario es la que ofrece un panorama más nuevo, más flexible. En sus temas y en la interpretación de los mismos exhibe aspectos poco comunes en este tipo de investigación.

No es un libro más sobre tests; por su contenido y su clara expresión que facilita su lectura, lo pueden manejar por igual médicos y psicólogos, maestros y hasta padres.

*Angela G. de Reggiardo*

*El poder destructivo de la dialéctica comunista*, por JULIO  
MEINVIELLE. Buenos Aires, Ediciones Theoría, 1962, 260 p.

El Rev. P. doctor Julio Meinvielle es un incomprendido en la Argentina; pero como todos los incomprendidos tiene un pequeño grupo de estudiosos que lo comprenden y lo siguen con admiración. Este pequeño grupo se divide en dos partes: una, mayor, de “nacionalistas” o “rosistas”, por completo desorientados, cuyas ideas, infundadas o sostenidas por burdos errores, pueden reducirse a polvo, y otra, menor, de investigadores de las ideas políticas y filósofos de serena y honda consagración a sus especialidades. Meinvielle es la mayor autoridad en América en el aspecto de la ciencia política que analiza el espíritu y la esencia del comunismo. Sus obras —unos diecisiete volúmenes, sin contar cientos de artículos— muestran su profunda sabiduría, su sorprendente claridad mental y su riquísima información. Pocos hombres han encarado el problema religioso y político que crea la lucha contra el comunismo con su honda penetración y sus análisis formidables. Pero su incuestionable autoridad, su obra respetabilísima, al par que conquistan a innumerables intelectuales, despiertan también las infaltables envidias, oposiciones y negaciones que crean, generalmente, las obras superiores. Los ataques que recibe Meinvielle no siempre provienen de sus naturales enemigos. Llegan desde el mismo campo católico y de los pseudonacionalistas. No forma parte de las instituciones sabias más conocidas, no ha recibido los honores oficiales y no oficiales que se obsequian a tantos intelectuales mediocres, por no decir inferiores. Meinvielle es un espíritu luchador, independiente, que no tiene los temores que paralizan a tantos parásitos de la cultura, y por ello existe un lógico miedo en incorporarlo a ciertas instituciones o en otorgarle los nombramientos que se malgastan con otras personas. En resumen: podemos decir que las injusticias que se cometen con Meinvielle son el mayor reconocimiento de su talento y de su autoridad.

*El poder destructivo de la dialéctica comunista* es un libro de método y de análisis. Desciende a las fuentes, principalmente hegelianas, y a la adulteración del cristianismo hecha por el interanismo. Busca, así, la esencia del comunismo creado por Marx y modificado por Lenin, Stalin y Mao Tsé Tung. El libro está escrito con estilo claro, perfecto en su nitidez, porque limpidas son sus ideas. Meinvielle expone su pensamiento con el rigor sintético de quien sabe dividir las cuestiones en sus partes constitutivas y analizarlas separadamente. Lectura altamente provechosa para quienes deseen ahondar la historia de las ideas políticas y los problemas filosóficos de la política moderna. No entenderán ni aprovecharán este libro quienes no tengan una preparación básica, especialmente en filosofía. Pero quienes la posean, aun superficial, encontrarán en sus páginas un verdadero tesoro. Aprenderán, así, que el problema del comunismo es en realidad un problema religioso y filosófico. Sólo en su último aspecto llega a ser un problema económico. En primer término está en juego la idea de Dios. Y junto a esta discusión se presenta la del idealismo hegeliano. Hay que saber si lo fundamental y real es la idea, lo racional, o la naturaleza y lo real. Lo primero lo afirmó Hegel; lo segundo lo sostuvo Marx. Feuerbach fue el intermediario entre las dos posiciones. La materia, según Marx, tiene un poder infinito de autocreación. El ser, según Hegel, es la misma cosa que la nada. Este principio arranca del nominalismo que en la Edad Media negaba toda realidad a

los términos genéricos, que fue aceptado en cierto modo por Francisco Suárez en sus *Disputaciones metafísicas* y que tuvo tanta influencia en el pensamiento de Descartes y aún lo tiene en la filosofía moderna. “La dialéctica hegeliano-comunista —explica Meinvielle— que se funda en una identificación del ser y de la nada, del sí y del no, encierra, por lo mismo, una poderosa fuerza de destrucción. El ser construye y crea. La nada destruye y aniquila”.

Esta manera de pensar niega los principios sostenidos por la metafísica aristotélico-tomista. Todo es un continuo devenir, de la nada en el ser y del ser en la nada. Según esta concepción del mundo y de la realidad, se llega a admitir, con el comunismo hegeliano, que la nada crea el ser, ya que ambos son la misma cosa. El cambio continuo lleva a la negación de todo dogma y de toda verdad. En historia, todo progreso debe cumplirse a través de la contradicción y de la lucha. Meinvielle explica perfectamente cómo los momentos de la dialéctica hegeliano-comunista son una transposición profana de los misterios cristianos.

Marx opinaba que la “gran ley de la historia” es el paso del capitalismo al comunismo. Este paso está contradicho por la historia, que demuestra, en todo tiempo, exactamente lo contrario, es decir, el paso de las sociedades comunitarias, pobres, inferiores, a las superiores, ricas, individualistas. La “profecía de Marx” ha sido, como muchas de sus profecías, un error que ha deshecho la historia y deshacen los tiempos presentes. Lo mismo ocurre con el concepto comunista del progreso continuo, ensueño de Comte que la filosofía no puede confirmar. La sociedad colectivista, tan esperada, seguirá en el horizonte de las esperanzas por ser, simplemente, irrealizable entre seres dotados de libertad, de raciocinio y de capacidad para desenvolverse individualmente. La historia, opinan los filósofos comunistas, es un progreso continuo, y este progreso lleva inexorablemente al comunismo. Para demostrarlo, acuden a la historia económica. Meinvielle explica y destruye la endeblez de estas profecías. Los hechos, desde los tiempos de Marx, han evolucionado de un modo muy distinto al supuesto por Marx. Las clases siempre han existido y existirán. Las diferencias son tan naturales como las diferencias de inteligencia y de capacidad entre los hombres. Todos los valores deben tener el puesto que les corresponde. La dependencia de unos grupos a otros grupos debe hacerse en bien de todos. La modelación de la sociedad no debe corresponder exclusivamente al trabajador, ni al burgués. El hombre tiene vida racional y, por tanto, esta modelación, según Meinvielle, debe corresponder al político-militar. La historia, en efecto, así lo demuestra. Meinvielle es, indiscutiblemente, un antiliberal. No cree en el liberalismo económico y da una importancia lógica al valor militar. Esta importancia no puede ser negada por la historia, pues la historia sabe muy bien todo lo que han hecho los militares a lo largo de los siglos y en cada país. No corresponde, en esta nota, analizar qué es liberalismo, cuántos liberalismos existen y cómo entendemos nosotros el verdadero liberalismo. Meinvielle no se detiene en los problemas del liberalismo, que tampoco corresponden a su obra; pero hemos de adelantar que el liberalismo económico, como sabe cualquier estudiante, ha hecho la grandeza del mundo moderno y que las sociedades nuevas, es decir, constitucionales, del siglo XIX y del siglo XX tratan, y a veces lo logran, desprenderse de la influencia militar. Caer en el militarismo es un retroceso en la historia. La única evolución que ha experimentado el mundo moderno, o sea el de los siglos XIX y XX, es el triunfo del constitucionalismo. Con este triunfo el militarismo queda relegado a las guerras in-

ternacionales y no a los problemas internos. Cuando el militarismo debe intervenir en cuestiones nacionales es porque los partidos políticos han llegado a una decadencia, a una podredumbre, incuestionables y verzonosas.

No podemos analizar los capítulos, riquísimos en información y reflexiones, de esta obra realmente notable. Meinvielle hace una crítica de moleadora del pensamiento marxista. Por algo hemos dicho que es el autor que conoce más profundamente estos problemas y que, por ello, no es llamado por los gobiernos ni por las universidades ni por las academias a exponer sus ideas, en una palabra, a enseñar y a colaborar. Queda en su retiro, como vigía en alta atalaya, dando vida a libros de extraordinario valor, difundiendo ideas madres de cultura y de paz, fundado en el pensamiento católico que enseña la unidad, la imposible división, del capital y del trabajo. El triunfo del comunismo posiblemente daría origen a una sociedad altamente materialista, económicamente regimentada, pero vacía en su espiritualidad, con hombres-máquinas, fundamentalmente destruidos. Meinvielle termina su obra con un justo ataque al neo-liberalismo que pretende volver al exclusivo triunfo del capital. La economía social debe tener en cuenta a las clases trabajadoras para que hallen su propio bien en justas retribuciones. Esto es indudable. Pero muy difícil es poner de acuerdo las pretensiones de obreros que exigen retribuciones absurdamente elevadas y capitalistas que pretenden rebajarlas a niveles incompatibles con las necesidades de la vida. Se impone una intervención del Estado, cada vez más impotente frente a la fuerza de los gremios, a menudo manejados por camarillas insaciables, explotadoras, o hay que dejar la solución del problema a la eterna lucha del capital y del trabajo, con su correspondiente oferta y demanda. No sabemos cuál de los dos caminos es el mejor o el peor. En realidad, en contra de lo que opina Meinvielle, preferimos el segundo, lleno de injusticias y de peligros, pero también rico en todas las ventajas que ofrece la libre competencia. Por lo menos será el camino de la Libertad.

*Enrique de Gandía*

*La política religiosa de Rivadavia*, por GUILLERMO GALLARDO.  
Buenos Aires, Ediciones Theoria, 1962, 312 p.

La personalidad y el gobierno de Rivadavia han sido y serán objeto de continuas discusiones. Mitre lo endiosó y, desde entonces, son incontables los elogios que recibe. Al mismo tiempo lo niegan los rosistas y los católicos de firmes principios. Cada autor tiene sus razones y sus ideas. El lector no especializado no sabe a quién creer. Pero esto no debe extrañar. Los mismos especialistas caen en desorientaciones que parecen increíbles. Ello se debe a su insuficiente preparación en el estudio de las ideas políticas de aquella época. El señor Guillermo Gallardo ha escrito un libro, *La política religiosa de Rivadavia*, que, con justicia, puede ser considerado como el trabajo más completo, más objetivo y sereno sobre este problema. Empieza por tener el buen gusto de no acudir a los insultos a que son tan aficionados ciertos sacerdotes escritores, como el Rev. P. Guillermo Furlong S. J., bien defendidos por su hábito. Luego no abusa de la erudición superflua. Es claro en sus exposiciones y pre-

senta el problema honradamente, como debe hacerlo un historiador católico. Pero la posición católica es, en este caso, una posición unilateral. El historiador puro debe desprenderse de sus tendencias personales y contemplar el hecho histórico en su integridad. El historiador debe explicar, no debe polemizar con el pasado. La historia es el pasado, y el pasado fue como fue y no como nos gustaría que hubiese sido.

Una cita de León XIII, que se complació en reproducir el eminente e inolvidable Gustavo Martínez Zuviria en su *Año X* —el libro más desdichado de toda la historiografía argentina y más admirado por quienes ignoran a fondo los problemas que trata— dice que en los estudios históricos, hay que acudir “a las fuentes mismas de los hechos” y “no tener jamás el decir lo que sea verdadero, a fin de que no haya contra el escritor sospecha alguna de afecto ni de odio”. Gallardo se esfuerza en ser fiel a este viejo consejo de Cicerón, repetido por León XIII, y empieza su hermoso libro con estas palabras: “El proceso de la emancipación trajo consigo, como corolario inevitable, grave desorganización e indisciplina en la estructura eclesiástica”. ¿Fue el proceso de la emancipación? No podemos caer en la ucronía y adivinar qué habría ocurrido, en ideas religiosas, si la emancipación no se hubiese producido; pero sabemos, en cambio, muy bien, como lo sabe el mismo Gallardo, qué sucedía en Europa en contra de nuestro catolicismo desde el siglo XVIII. El alud anticatólico era inmenso e irrefrenable. Gallardo enumera las fuentes primeras: jansenismo, galicanismo, febronismo, josismo, congreso de Pistoya, la revolución francesa y las Cortes de Cádiz. Al febronismo, de Febronio, lo llama, deformando la desinencia, febronianismo, y al josismo, del rey José II, de Austria, josefinismo, como si la primera designación proviniera de un Febroniano, y la segunda, de un Josefino. Pero dejemos estas minucias gramaticales, tan comunes en nuestros historiadores (el inolvidable Levene hacía de apócrifo apocricidad en vez de apocricidad), y confesemos la verdad: en Europa existía, como dijimos, un movimiento anticatólico que arrancaba desde la Reforma y, en realidad, venía desde mucho más atrás, como reacción humana y lógica frente a la severidad de nuestro catolicismo que no era entonces lo que está por convertirse en nuestro tiempo con el Congreso Vaticano II. Hoy los teólogos explican que en el infierno el fuego es metafórico y que la mayor pena, para los condenados, es estar privados de la contemplación de Dios; pero en siglos pasados se hablaba de un fuego real que torturaba eternamente a quienes no seguían los mandatos del clero, leían ciertos libros, etc. El democracismo y el anticatolicismo o anticlericalismo habían echado fuertes raíces en España y penetrado también en América. Rousseau era leído, precisamente en su *Contrato social*, muchos años antes del 1810, como hemos demostrado nosotros y se empeñan en ignorarlo tantos escritores más o menos sectarios. Sabemos, por otra parte —y así también lo hemos demostrado nosotros— que la masonería existía antes de 1810 en Buenos Aires, que Saavedra, Belgrano y otros próceres eran masones y que en la Real Audiencia pertenecían a la masonería desde los más altos funcionarios hasta los porteros. La disciplina eclesiástica estaba más que floja en nuestra ciudad. Hay documentos impresionantes que así lo demuestran, pero que Gallardo y quienes se ocupan de estos temas parecen desconocer. No nos explicamos por qué Gallardo ataca a un obispo tan excelente como don Benito de la Lue y Riega y lo acusa de no haber visto “con buenos ojos el movimiento del año 10” y haber impugnado la validez de los argumentos jurídicos esgrimidos por Paso y Castelli en el Cabildo abierto del 22 de mayo”: hecho comple-

tamente fantástico, nunca existido. Gallardo es enemigo de Rivadavia y no dice otro hecho demostrado por nosotros: el envenenamiento del mismo obispo Lue y Riega en 1812, cuando el gobierno empezó a temer que existiera una conspiración en su contra y comenzó a forjar la leyenda de la conspiración de Alzaga.

El autor de esta obra, tan seria y bien informada, afirma que no se ha dejado llevar "a conclusiones que no surjan naturalmente de la información documental"; pero sostiene, en tesis general, que "a la política rivadaviana se debe Rosas, como a sus ecos y repercusiones en el interior del país se debe el éxito duradero de los caudillos". Esta teoría, original y atrayente, con la cual echa la culpa del rosismo al hombre que más combatió la política que lo hizo posible, encontrará, sin duda, muchos defensores; pero es por completo insostenible, como lo advertirá cualquier conocedor de la historia de las ideas políticas en nuestro país. El absolutismo rosista y la realidad política y humana de los caudillos es muy anterior al 1810. Todas las luchas posteriores a este año símbolo se hallan vivas desde las invasiones inglesas. Hasta podríamos decir que el caudillismo y el federalismo tuvieron su mayor enemigo en Rosas.

Gallardo expone con objetividad cómo Rivadavia preparó y llevó a cabo la reforma eclesiástica en Buenos Aires y cómo lo secundaron sacerdotes a quienes presenta, con razón, como jansenistas, dominados por influencias masonicas, etc. Esto significa que a los diez o doce años del 25 de Mayo había un buen número de sacerdotes inficionados por herejías. ¿Cuándo se produjo este envenenamiento espiritual? ¿En 1822, con la lectura de los escritos de Llorente y otros galicanos? ¿Tan rápidamente se dejaron influenciar esos hombres? Debemos reconocer que existían en el país, desde largo tiempo, ideas político-religiosas que no coincidían con la más pura ortodoxia. Hemos revelado cómo Moreno tradujo un párrafo de Volney en la *Gaceta*, mencionándolo como "un filósofo". Repetimos que Rousseau era leído y comentado desde varios años antes del 1810. Hay que reconocer que el ambiente en que bebió sus ideas Moreno —perfecto católico, hasta fanático— y las bebieron los hombres de las Cortes de Cádiz no era, como han creído algunos ingenuos y audaces polemistas, el de un jesuita como Francisco Suárez, partidario de la entrega total del poder por parte del pueblo al gobernante. El 25 de Mayo no la hicieron ideas suaristas, sino roussonianas, volneyanas, tomistas y de vieja política española, todo "familiarmente" mezclado. Y es así cómo se llegó al momento rivadaviano de la reforma eclesiástica, por razones que Gallardo se guarda muy bien de enumerar, pero que justificaron esa intromisión, sin duda injusta, del poder civil en el poder eclesiástico. El país era más liberal que católico, principalmente la mayoría de los políticos, y lo demostró en la Asamblea de 1813 y en otras muchas oportunidades. Por ello las polémicas de tantos excelentes católicos, como el P. Castañeda —el que mejor explicó el carácter del 25 de mayo—, con verdaderos herejes y anticlericales. Lo que no compartimos es la identificación que Gallardo hace de anticlericalismo con unitarismo y su afirmación de que el país, harto de las tendencias unitarias, apoyó a los caudillos populares. Los federales eran tan masones y anticlericales como los unitarios. Tomás de Iriarte, masón activo, secretario de la logia que funcionó en el Perú, era federal, pero federal constitucional, lo cual es muy distinto al federalismo de Rosas, absolutista, contrario a toda Constitución.

La reforma de Rivadavia fue sin duda antipática, injusta y anticató-

lica, pero también respondió, como dijimos, a razones que en una nota bibliográfica no corresponde exponer. Cuando se nos ataque, por escribir estas líneas, las expondremos. Gallardo lamenta la supresión de la Inquisición y lo confiesa valientemente.

En cambio no refiere un hecho que puede ser revelador. Nos dice que la Constitución de 1818 eliminaba de las Legislaturas a los militares y eclesiásticos como si éste fuese el primer ataque de los unitarios y rivadavianos al clero argentino. El primer hombre que atacó al clero argentino fue el masón Cornelio de Saavedra en el reglamento de la Junta de Buenos Aires que creó las Juntas provinciales. En ellas quedaban excluidos los religiosos y por ello hubo protestas en las provincias y empezó a fomentarse el odio entre Buenos Aires y las provincias. Podrá argüirse, en su disculpa, que también estaban eliminados de los Cabildos; pero si Saavedra no hubiese sido un anticlerical no lo habrían permitido como Presidente de la Junta, y si el Dean Funes, que lo permitió, aunque no redactó ese artículo, no hubiera sido lo que fue, habría renunciado o tomado otra actitud. León XIII aconsejaba decir toda la verdad.

Gallardo demuestra, sin lugar a dudas, un hecho incontrovertible: Rivadavia obraba como un déspota ilustrado. Quienes tanto adorna a Rivadavia como a un liberal no debería olvidar esta verdad. Lo que no sabemos es si era masón. Gallardo, tan cuidadoso en sus comprobaciones históricas y documentales, que lo acreditan como a un historiador honesto e imparcial, en este caso —para combatir a Rivadavia con el sambenito del masonismo— admite que fue o pudo ser masón porque así lo afirma, entre otros, el señor Alcibíades Lappas, autor de valiosos estudios sobre la masonería en esta parte de América. Pero el caso es que Lappas no trae ningún documento que lo demuestre. El señor Lappas nos ha afirmado, personalmente, que existen pruebas del masonismo de Rivadavia. Las esperamos con gran interés. También nos afirma Gallardo que don Julián Segundo de Agüero era masón o tenía una “filiación masónica”. No conocemos documentos que prueben el masonismo de Agüero. Ahora esperamos que Gallardo los haga conocer.

Gallardo hace un prolijo análisis de las obras que llegaban en grandes cajones a Buenos Aires. En su mayor parte eran libros incluidos en el Índice, prohibidos por la Iglesia. Es otra prueba más de lo enormemente difundidas que estaban en aquel entonces obras que hoy en día apenas son leídas por los especialistas. Era el vendaval de la ilustración, del iluminismo, que arrasaba el mundo occidental y americano. La fuerza del iluminismo ha sido mal estudiada y peor comprendida por los contados autores que lo han abordado. Iluminista fue, por ejemplo, el feroz anticatólico Esteban Echeverría que, por otra parte, era, literariamente, un magnífico romántico. El iluminismo inspiró nuestra historia y nuestra historiografía, especialmente la antiespañola y la anticlerical. Las bibliotecas argentinas, como demuestra Gallardo, estaban llenas de obras iluministas y anticatólicas, puestas en el Índice. Eran leídas con más despreocupación que hoy en día. La Inquisición, por otra parte, era una gran majadera que usaba una severidad que hoy en día no se preocupa de imponer.

Es interesante notar que los sacerdotes que había en la Cámara de representantes eran todos regalistas, partidarios de la reforma rivadaviana. Los nombres de los sacerdotes partidarios de la reforma son bien conocidos: Juan Manuel Fernández de Agüero, del cual hemos dado a conocer un tratado de ciencia política hondamente absolutista; Diego

Estanislao Zavaleta, Gregorio Funes, Mariano Zavaleta, Antonio Sáenz, José Valentín Gómez y Julián Segundo de Agüero. Por fortuna había otros sacerdotes que tenían ideas muy contrarias, como Mariano Medrano, fray Cayetano Rodríguez y fray Francisco de Paula Castañeda. Gallardo reproduce unos párrafos de las instrucciones dadas a monseñor Musi por Monseñor Mazón, en 1823, hechos de acuerdo con los informes de Orellana y Pacheco. En ellas le advertía que “los primeros autores de la revolución fueron como en otras partes, personas carentes de toda religión y moral, y que se proponían al par la subversión del orden civil y religioso”. ¡Y pensar que ciertos autores pretenden sostener que la llamada Revolución de Mayo fue hecha por buenos católicos, suaristas, etc! En 1824 se leía en la Argentina a los autores más libertinos de Francia: Voltaire, Rousseau y otros muchos. Los protestantes hacían una campaña intensa. Hemos demostrado en otras páginas que Echeverría se expresaba acerca del catolicismo como un perfecto protestante. Las Biblias protestantes eran difundidas y leídas por doquier. Un hecho que demuestra a la perfección Gallardo es que la influencia regalista que determinó a Rivadavia a emprender la reforma fue esencialmente española, llorentiana, y no francesa, como se ha dicho alguna vez. Es una prueba más que no hubo influencias francesas en nuestras ideas, ni de la Revolución famosa ni ninguna otra. Todas fueron, repetimos, españolas. Las obras clásicas del liberalismo francés fueron leídas y, sin duda, dejaron rastros, pero no alcanzaron a dar rumbos.

Gallardo tiene el mérito de haber demostrado las verdaderas intenciones de Rivadavia. Quería crear una iglesia nacional, políticamente argentina, suprimir los conventos y disminuir en todo lo posible el poder de la religión y de la Iglesia. También sabemos, por otra parte, que asistía a los oficios religiosos. Lo mismo hacía San Martín, conspicuo masón.

Un buen capítulo de este libro es el dedicado a la masonería. Se refiere principalmente a la época rivadaviana y es una lástima que no ahonde sus orígenes. En un trabajo nuestro en vías de publicación creemos decir algo nuevo respecto a los orígenes de la masonería entre nosotros.

No recuerda Gallardo un testimonio publicado no ha mucho por Ricardo R. Caillet Bois, en qué Rivadavia aparece, en sus comienzos, como un enemigo de los hechos de Mayo, por lo cual, para atraerlo, se le incorporó al gobierno. Otro hombre no muy partidario de Mayo fue su ministro Manuel José García. No olvidemos que Rivadavia hizo fusilar y colgar a Martín de Alzaga, su antiguo enemigo, el verdadero autor de los hechos de Mayo, según confesión a Carlos IV del mismo Rivadavia, de Belgrano y de Sarratea en una representación famosa, conocida desde el año 1825 y analizada en estos meses por Enrique Williams Alzaga. Todo esto vendría a coincidir con lo sostenido por Gallardo. Es una pena que no analice más hondamente los tratos de Rivadavia con los liberales de España, a los cuales quería entregar veinte millones de pesos para que reconociesen la independencia argentina y se defendiesen contra sus enemigos absolutistas.

Lamentamos que Gallardo sostenga que Rosas, con su catolicismo, agrupara a su alrededor a los buenos católicos. No sería la única vez que buenos católicos han defendido en nuestro país gobiernos despóticos. Gallardo ha tenido el honor de estar preso por combatir uno de ellos. Pero en el caso de Rosas, la adhesión de los católicos —no imagina Gallardo el daño que hace al catolicismo con estas afirmaciones— no se

debió a causas religiosas, sino a causas políticas. Ya hemos dicho que había masones entre los federales y católicos, entre los unitarios. Los católicos que defendían a Rosas lo hacían por su absolutismo, por su intolerancia, por lo peor que, por desgracia, puede tener un católico. No queremos hacer culpable al catolicismo del caos rosista. Otros católicos le refutarán esta afirmación. Lo indudable es que no faltaron católicos que vieran en Rosas una esperanza, una salvación. Lo mismo hicieron cuando otro Rosas, que terminó quemando las iglesias, subió al poder. Son una vergüenza del catolicismo esos católicos que se postran ante el primer déspota que finge protegerlos. Todas las veces que lo han hecho han recibido duras lecciones.

Hay otro hecho que es necesario tener en cuenta. El dictador del Paraguay, José Gaspar Rodríguez de Francia, reformó, como Rivadavia, las casas de regulares en 1824. Ahora bien: la reforma no tuvo en el Paraguay los antecedentes que Gallardo ha hallado en Buenos Aires. ¿Cómo se realizó, entonces? ¿Por simple imitación de lo verificado en Buenos Aires? ¿También se distribuían Biblias protestantes en la Asunción y se leía a Rosseau, a Llorente y a otros reformistas? Sabido es que no ocurría nada de esto. Y, otra pregunta: si la reforma rivadaviana trajo como consecuencia el rosismo, ¿qué consecuencia trajo la reforma franciana? En Buenos Aires, un gobierno liberal hizo la reforma y fue substituído por un gobierno despótico. En el Paraguay es un gobierno despótico el que hace la reforma y sigue siendo despótico durante el largo período de Francia, de Carlos Antonio López y de Francisco Solano López. Es la prueba de que el problema religioso nada tuvo que ver con el problema político que llevó a Rosas al poder.

Esta obra del señor Guillermo Gallardo merece un amplio elogio por su información y redacción. Ya hemos dicho que es un estudio serio y respetable, original y lleno de buenas intenciones. Obra, en síntesis, de un excelente católico que primero piensa en el catolicismo y después en la historia; pero ella no hace mucho favor al catolicismo. Demuestra que el catolicismo no influyó en las fuerzas espirituales y políticas que nos llevaron al 25 de Mayo —tesis sostenida por algunos pobres aficionados— y que, por el contrario, fueron fuerzas y tendencias políticas anticatólicas las que inspiraron a los hombres que forjaron nuestra nacionalidad. Es por esta razón que este valioso libro, digno de un justo encomio, será más utilizado y citado como autoridad por los masones y anticatólicos que por los verdaderos católicos. En lo que se refiere a lo concreto de su título —*La política religiosa de Rivadavia*— será por mucho tiempo un estudio de primer orden, que ha visto, con precisión y con luz, qué anidaba en el corazón y en el cerebro de ese hombre tan combatido por Moreno, por Vicente López y Planes y por San Martín, que llevó a la muerte al salvador, por dos veces, de Buenos Aires y principal autor del 25 de Mayo.

Enrique de Gandia

*Doctrinas psicoanalíticas. Exposición y valoración crítica*, por  
EMILIO MIRA Y LÓPEZ. Buenos Aires, Kapelusz, 1963. 158 p.

El conocido psiquiatra y profesor español, hoy residente en Brasil, intenta con esta obra breve un panorama actual de las diversas corrientes "psicoanalíticas, neanalíticas, post y paranalíticas", según declara.

en el prólogo, con un criterio expositivo y crítico a la vez. Comienza su revista y balance desde la génesis del psicoanálisis para seguir exponiendo su desarrollo y evolución, los rumbos divergentes y convergentes de las distintas doctrinas y terapéuticas; señalando el saldo positivo de las mismas confrontados con los actuales avances psicoexperimentales no analíticos, postula su integración. En prieta síntesis, abonada por una seleccionada bibliografía —en la que, sin embargo, advertimos silenciosos nombres como los de Gemelli, Nuttin e Igor Caruso— el autor presenta un panorama bastante completo de la materia que, por ser tan vasta, forzosamente resulta ceñida a los límites impuestos por la naturaleza del trabajo emprendido. No por ello dejamos de valorar la utilidad de este libro panorámico escrito con el propósito de divulgación y de hacerlo accesible al gran público. No obstante, a lo largo de la exposición, vertida con llaneza y agilidad de escritura, se echa de ver que a ese gran público no le bastará en algunos temas estrictamente técnicos el simple panorama para una cabal penetración de los problemas y habrá de acudir a otra bibliografía para el conocimiento más profundo de los mismos; incluso no le será fácil al profano captar toda la terminología psicoanalítica sin ayuda, cuanto más no sea, de un buen diccionario psicoanalítico, dada la falta de univocidad de aquélla. Señalamos esto en una época proclive a la “cultura de bolsillo”, a la ligereza y a la superficialidad del conocimiento, particularmente en materia de psicoanálisis tan en boga entre snobs y diletantes. Pero sin duda este libro serio, con su síntesis, estimulará en los profanos la necesidad de conocer a fondo, y para los entendidos será un instrumento eficaz para tener a la vista un cuadro trazado con inteligencia y excelente metodología. En el último capítulo de la obra se presenta un balance final de los méritos y deméritos del movimiento psicoanalítico en que el autor expone su propio pensamiento apoyado en las críticas de Rudolf Allers, Frankl, Eysenck, Jacques Maritain, Erich Fromm, López Ibor y otros. Acerca de los méritos señala sobre todo su contribución a la caída del racionalismo, del voluntarismo kantiano, del intelectualismo cartesiano; el interés por la persona humana en su totalidad; el surgimiento de la medicina psicomática. Pero donde pone su énfasis el autor es en los deméritos, aunque con intención objetiva: critica la desatención por los conceptos neurofisiológicos y la equivocidad de la terminología psicoanalítica; el pansexualismo; su casi exclusivismo por lo retrospectivo en desdúo del presente y de la prospección del analizando; el pesimismo freudiano en coincidencia con el de Schopenhauer y Nietzsche y, por ende, el nihilismo; afirma que, hasta cierto punto, el psicoanálisis es “nítidamente inmoral” por el favorecimiento de la *transferencia*, no tan fácil de liquidar como ordinariamente se cree; las pretensiones del llamado “análisis profano” en disputa con los derechos del psiquiatra, del que invade ilegalmente el campo; el costo y la duración excesivos del tratamiento.

E. S.

*Marcel y el estoicismo*, por FURIO LILLI, Paraná (E. R.), Facultad de Ciencias de la Educación de la U. N. L., 1962.109 p.

El pensamiento filosófico de Gabriel Marcel, asistemático por naturaleza, ha sido estudiado ya en sí mismo ya en relación con la obra tea-

tral marceliana. Michele Federico Sciacca habla de un "empirismo místico" en Gabriel Marcel, quien reacciona —tras sufrir primero su influjo— contra el idealismo hegeliano y el intuicionismo de Bergson. Charles Moeller califica al mundo filosófico de Marcel como : "una especie de platonismo de la comunicación de los *espiritus*", aunque rechace su aspecto conceptual y dialéctico, un platonismo de "encarnación", cuya dimensión es "naturalmente cristiana". Joseph Chenu en su análisis del teatro marceliano afirma que su universo tiende a aproximarse al universo de Claudel, permaneciendo no obstante radicalmente diferente por los caminos de su personal pensamiento. El propio Marcel nos habla de su "metafísica existencial", vocablo éste que introduce él en la terminología filosófica francesa y que luego reemplaza por el de "neo-socratismo". Pero hasta ahora —que yo sepa— no se había hablado de una relación entre el pensamiento de Marcel y el estoicismo de los siglos I y II después de Cristo. Y he aquí que, a nuestra vera, Furio Lilli, un profesor italiano afincado desde hace tiempo en el Litoral, quien une a la docencia una fecunda actividad investigadora, acaba de entregarnos un estudio de Marcel en confrontación con los estoicos romanos. Su indagación, original como todos sus trabajos, se polariza en los mismos textos de uno y de otros (Séneca, Epicteto y Marco Aurelio). De ese lúcido cotejo extrae como consecuencia un paralelismo entre la doctrina moral estoica, a la que considera de fondo esencialmente religioso, y los puntos cardinales de la metafísica marceliana: el misterio del Ser y la Trascendencia, el yo y el prójimo, la Metafísica de la Esperanza y la Trascendencia, el Tú absoluto y la libertad. En un plano no dialéctico sino de pura indagación científica y sin intención de demostrar una identidad absoluta entre los planteos filosóficos de Marcel y la doctrina del estoicismo, el doctor Lilli, textos en mano, comienza por presentar el paralelismo entre la actividad filosófica concebida por aquél y por éste. Dicha actividad, en ambas corrientes, estriba en la experiencia personal vivida, mas no sin comunicación con las experiencias de los otros. Ambas especulaciones tienen por punto de partida la indagación del Misterio en una convergencia de lo metafísico y lo religioso. Desde este avance inicial del camino hacia la Trascendencia, el autor confronta textos marcelianos y estoicos donde se da, similarmente, la necesidad del "recogimiento" para "el encuentro del Ser en sí", logro posible si se trasciende "del plano del tener al plano del Ser". Seguidamente se completa la primera parte del estudio con los planteos del "compromiso" y la "fidelidad al compromiso" de Gabriel Marcel, conceptos que, en términos diferentes, encierran el mismo contenido, según el investigador, en la doctrina de Séneca y Marco Aurelio. En la segunda parte entra de lleno en la "Metafísica de la Esperanza" y en la problemática del "yo y el prójimo" de Marcel para señalar sus correlatos paralelos en los escritos estoicos. En una recapitulación Lilli afirma que "en los estoicos se hallan los mismos fundamentos que nutren las teorías de Marcel, a saber: 1º que no existe yo sin tú; 2º Que sea el yo como el tú arraiga en un originario nosotros que singularmente los implica, como aspectos o participaciones del ser en el cual y por el cual son; 3º Que toda existencia sólo es posible fundándose y brotando en la necesaria y fatal relación entre los dos términos fundamentales de la comunidad humana: el yo y el tú; 4º Que mientras por un lado no hay relación sin compromiso, por el otro el compromiso se identifica con un acto de altruismo que extrae su propia *vis* del amor" (p. 55).

A medida que el trabajo avanza hacia la tercera parte, en que se

indagan la fe y la esperanza en los estoicos y en Marcel y el Cristianismo en un análisis de ambos itinerarios orientados a la Verdad y a la Libertad, parecería necesario exigirle a este estudio una delimitación más cautelosa y nítida entre el plano cristiano y el plano estoico, particularmente cuando se refiere a las convergencias de los estoicos y Marcel en los conceptos de Dios, Amor, Gracia, Verdad. No obstante en la relectura atenta se advierte que el autor no se ha demorado prolijamente en una delimitación de niveles doctrinales, pues ha dado por supuesto el conocimiento, de parte del lector, de los dos movimientos en que se ubican y actúan respectivamente los estoicos y Marcel. Este es el sentido de la repetida aserción del profesor Lilli cuando escribe que unos y otro se tienden la mano “desde el más allá hasta el más acá del Cristianismo” (p. 58). Esto es, desde una suerte de pericristianismo al cristianismo auténtico revelado por Jesucristo. No estaría demás anotar aquí que, mientras la dimensión religiosa de la metafísica marceliana se inscribe en la Revelación bíblica y su doctrina de un Dios personal, la del estoicismo lo hace en el panteísmo, aunque no de raíz absolutista como en los estoicos griegos anteriores a Cristo, pues es sabido cómo Séneca, Epicuro y Marco Aurelio superan el riguroso monismo materialista de aquéllos.

*Marcel y el estoicismo* desarrolla una exposición ordenada, precisa, rigurosa, hasta diría austera en su concisión, lo que en verdad no hace árido el recorrido de la indagación propuesta por el autor, antes bien apasionante, pues él ha trabajado en los textos, en las fuentes, con inteligencia y amor. Con este estudio estamos en presencia, justo es decirlo, de una contribución original, aguda, seriamente documentada, sobre un preclaro exponente de la filosofía contemporánea, cuyo pensamiento resulta puesto en relieve por la confrontación con el de pensadores de hace dieciocho siglos, de los que no diverge —*mutatis mutandis*— antes bien converge, claro está, ateniéndonos siempre, según el real alcance del trabajo, al nivel de la dialéctica filosófica. Lejos está del autor situar sus aserciones en el plano de la sistemática propia de la religión revelada que es el Cristianismo.

Una vez más Furio Lilli, que tantos análisis críticos de agudeza poco común nos ha venido brindando en el campo de la literatura italiana en todos estos años de su permanencia entre nosotros, con su *Marcel y el estoicismo* da concreto testimonio de una actividad intelectual encauzada en la investigación de las fuentes textuales del pensamiento humano, es decir, de primera agua, pues, tanto como catedrático universitario cuanto como ensayista y como conferenciante, nunca nos expone sino aquello que ha comprobado por sí mismo.

Edelweis Serra

*La guerra interior*, por EDUARDO MALLEA. Buenos Aires, Sur, 1963. 111 p.

En este nuevo libro testimonial Mallea no sólo hace una “contribución a la crítica de sí mismo” sino directamente una justificación de los móviles de su obra, sus *porqué* y cómo. Especie de ensayo y narración de la guerra interior que ha sostenido y sostiene en su compromiso con una insoportable vocación novelística enraizada en el espíritu de lo argentino,

Mallea recorre en grandes y nerviosos trazos su periplo de escritor, los principios que lo guiaron y lo guían, sus propósitos, sus dificultades de concreción, sus realizaciones, en respuesta a "los Catones" que lo han atacado. Sintiénndose más que nunca dueño de su vocación, en breves capítulos de apasionado escorzo, el novelista se confiesa en una suerte de autobiografía moral y estética: su militancia ha sido y es la de una "conciencia preocupada", "en mi preocupación estaba mi acción" (p. 11). Una "voluntad de guerra", "de guerra interior por un estado de justicia y por un estado de verdad, por un estado de libertad" (p. 13) es el imperioso impulso, la dinámica de sus creaciones. Tras recordar los primeros pasos en la formación de su personalidad de hombre y de escritor, el nacimiento de sus primeros libros, considera iniciada su "guerra con personajes —reflejo de una lucha interna por el hombre en mí y en el otro" (p. 52). Desde entonces para Mallea "toda fundamental literatura es una guerra". Expone así el motivo raigal de sus más importantes libros editados y esboza el contenido esencial de otros trabajos todavía inéditos, lo que podría sintetizarse así en palabras suyas: "la idea fundamental de una lucha constante por la causa ideal de una creencia cada vez más extensa y cada vez más intensa y cada vez más fundada en el hombre y en su destino y felicidad en la tierra" (p. 84).

Ya en algunos capítulos de sus *Notas de un novelista* (Buenos Aires 1954), Mallea se explicaba a sí mismo como hombre y como novelista, se daba a conocer en su alma, en su cultura, en sus responsabilidades, en sus metas. Pero con *La guerra interior*, si bien se propone no repetir lo que ya ha dicho de sí mismo, escribe un libro organizado con el propósito expreso de revelar la intimidad de su obra nacida de una poderosa necesidad de testimonio auténtico. Se admira aquí a Mallea íntimo emergiendo con sinceridad a la superficie para relatarnos el drama de su vida interior del que es el único agonista. El escritor, hombre encerrado en un temperamental mutismo verbal, aflora apasionado en la escritura de este libro como tocado en lo más vivo de su ser por detractores invisibles y sale a decir su verdad propia con vehemencia a veces abruptas, a veces austeras, a veces encrespada. El pensamiento se advierte tan permeado de hondos y fuertes humores emocionales que, a ratos, no alcanza a decantarse con nitidez en la expresión. En *Notas de un novelista* el estilo ensayístico de Mallea lograba incisiva fuerza, elegante lucidez. En *La guerra interior*, en cambio, el escritor deja tras de sí los rastros del esfuerzo enorme que le ha comportado salir de sí mismo en la voluntad de hacernos compartir los avatares de su condición íntima.

*Edelweis Serra*

*Diario de ruta. Los trabajos y los días de un maestro rural*, por

LUIS F. IGLESIAS. Buenos Aires, Lautaro, 1963, 316 p.

Esa comprensión, ese intercambio que hallamos en el trozo de vida que el autor, un maestro, logra grabar en esta narración, cuya profundidad sin artificios, está dada justamente por su sencillez, constituyen uno de los objetivos más humanos de la educación.

A la técnica de esa corriente comprensiva, que habrá de constituir el ámbito subjetivo y adecuado para el aprendizaje y la modificación deseable de conducta que éste supone, le llamamos Psicología Educativa. Psicología de la Educación.

Por ello, entre línea y línea, es necesario extraer las conclusiones que, sedimentadas más tarde, se transformarán, por una ley histórica de toda construcción científica, en nuevos aportes hacia el conocimiento del niño, con más propiedad hacia el conocimiento de la dinámica escolar.

Es el conocimiento que nunca habrá de transformarse en abstracta formulación simplemente especulativa, mientras esté vivificado por el acontecer humano que le sirve de fuente y de inspiración.

En esa dimensión encuentro a "Diario de ruta"...

Emilio H. Luna

*Poesía ingenua y poesía sentimental; Del arte trágico y De la Causa del placer ante objetos trágicos*, por FEDERICO SCHILLER. Estudio preliminar de Robert Leroux. Buenos Aires, Editorial Nova (Colección "La vida del espíritu"), 1963. 191 p.

*De la gracia y la dignidad; De lo sublime; Sobre lo patético e Ideas acerca de la aplicación de lo vulgar y lo bajo en el arte*, por FEDERICO SCHILLER. Buenos Aires, Editorial Nova (Colección "La vida del espíritu"), 1963. 196 p.

Buena parte de los lectores de Schiller en lengua castellana conocen al autor alemán a través de su creación lírica, de su hacer dramático y, tal vez, de su producción histórico-gráfica. Sin embargo no es menos significativa la parte de su obra consagrada a enfocar distintos problemas de índole estética. Precisamente a ello dedicó varios años, los comprendidos entre 1789 y 1794, vale decir tras la *Historia de la Guerra de los Treinta Años* y antes de escribir, junto con Goethe, el *Almanaque de las Musas*.

Este título de *Poesía Ingenua y Poesía Sentimental*, que en la presente edición va acompañado por otros dos: *Del arte Trágico y De la Causa del Placer ante Objetos Trágicos*, es resultado de la redacción final de tres artículos previos cuya composición, según constancias, demandó no menos de tres años a su autor, y vieron sucesivamente la luz en la revista *Horas*.

El trabajo que inicia el volumen —para referirnos al de mayor trascendencia entre los reunidos— implica, al par de un tratado sobre poética, una concepción básica en la historia de las ideas estéticas.

Schiller considera dos especies de poesía: la ingenua, en la cual el poeta es naturaleza, y la sentimental, en que el poeta busca la naturaleza. El autor expone su criterio viniendo a manifestar que el poeta es el custodio de la naturaleza. Puede ser él mismo naturaleza y entonces

es ingenuo. O de lo contrario busca la naturaleza perdida, y entonces es sentimental. De aquí que todos los poetas y verdaderamente tales pertenecen, según los tiempos y las circunstancias en que aparecen, a la condición de poetas ingenuos o a la de sentimentales”.

Se ha reprochado a la anterior distinción un intento de reducir a dos únicos géneros las formas, tan variadas, en que la poesía se presenta. En realidad Schiller no intentó ni clasificar de modo nuevo las obras literarias ni menos negar vigencia a las clasificaciones tradicionales. Se limitó a observar que en toda obra poética —epopeya, drama, lírica— dominan dos modos de sentir, dos modos de inspiración semejantes: ingenuo o sentimental.

Ahora bien, como lo apunta Leroux en su valioso estudio introductorio, Schiller llega a la conclusión de que una u otra de esas especies de poesía son imperfectas e incapaces de realizar de un modo adecuado el concepto de poesía ideal, de poesía perfecta. Porque para obtenerla sería necesaria una síntesis de ambas, lo que solamente podría ocurrir mediante el sacrificio de las particularidades más específicas de cada una de ellas, síntesis por tanto irrealizable. Simple ideal, por consiguiente.

Los trabajos que integran este volumen nos recuerdan, ya por la precisión de las ideas, ya por el riguroso orden expositivo, que han sido escritos por un pensador. Pero los múltiples recursos artísticos con que se dota a la expresión formal y tornan su lectura singularmente cautivadora, nos recuerdan asimismo que están escritos por un poeta.

Por su parte, el contenido de *De la Gracia y la Dignidad* consiste en una serie de ensayos de carácter estético —a los que preceden excelentes estudios de introducción— encabezados por el que da título al libro, referentes a un agudo análisis de la belleza basado en fuentes kantianas. Al efecto, y apoyándose en el mito griego que atribuye a la diosa de la belleza un cinturón que otorga gracia a quien lo lleva, “Schiller discrimina entre dos tipos de belleza: la gracia y la belleza “arquitectónica”. La primera es, en el concepto del autor, la belleza del movimiento, entendido éste como voluntario y libre, como expresión de armonía entre la razón y los sentidos. Por belleza arquitectónica se entiende a la formada por la mera naturaleza según la ley de la necesidad. La gracia implica la expresión de un alma bella y está fundamentada en la libertad de movimientos voluntarios. La dignidad, por su parte, lo es de un carácter sublime. Cuando las dos logran reunirse en una misma persona, la expresión de humanidad es en ella perfecta. Y es que, observa el autor, como dignidad y gracia pertenecen a dominios distintos en los cuales se manifiestan, no se excluyen, la una a la otra en una misma persona, ni aún en un mismo estado de una persona; es más: sólo de la gracia recibe la dignidad sus credenciales, y sólo la dignidad confiere a la gracia su valor.

En los siguientes ensayos el poeta alemán realiza incursiones en el campo de lo sublime y lo patético y expone hondas reflexiones sobre la aplicación de lo vulgar y de lo bajo en el arte.

Hay que destacar, en las dos obras reseñadas, pero especialmente en *De la Gracia y la Dignidad*, la preocupación de Schiller por liberar a su pensamiento de toda rigidez técnica buscando así su divulgación. Con ese fin recurre, no pocas veces, al sentimiento. Recordemos que un Menéndez y Pelayo había dicho al respecto que a Schiller no le basta la crítica del juicio porque precisamente la forma técnica que hace la

verdad visible a la inteligencia, la oculta al sentimiento. Si la inteligencia quiere apropiarse el objeto del sentido íntimo —anotaba— tiene que empezar por destruirle.

La traducción de estos ensayos, de suyo riesgosa, ha sido diestramente realizada. La presentación de ambos volúmenes merecen asimismo ponderaciones.

Eduardo A. Dughera

*Cántico temporal*, por EDELWEIS SERRA, Madrid, Colección "La Vid", Escelicer, 1963. 102 p.

Integrando con el número cinco la prestigiosa colección lírica "La Vid", que incluye a poetas como Ungaretti y Francisco Luis Bernárdez, este libro aparece como expresión madura de toda una vida dedicada a la poesía. Porque este volumen de Edelweis Serra es una antología orgánica y unitaria de muchos libros inéditos voluntariamente traídos a la edición. Como bien dice Francisco Mian en su meduloso estudio preliminar, exigido por las características de la colección: "Antes de ganar su ámbito, mucho debió esperar este libro señero, en el que la autora reúne —y resume— la obra poética de veinte años de fervoroso ejercicio. Su natural espíritu de contención literaria, acuciado por ese extremado rigor autocrítico que genera en el alma del poeta la posesión segura del saber profesional —Edelweis Serra es doctora en Letras—, ha sido uno de los motivos de tan prolongado retraso. Por otra parte, contribuyó a dilatarlo su ninguna propensión a frecuentar mendiceros de capillas y cenáculos, altavoces de efímeras glorias. Ha sido, pues, el suyo, un voluntario sustraerse al que cabe suponer razones todavía más eficaces. En el fondo ha sido el íntimo tironeo de quien asume lúcidamente el sentido último de su experiencia poética y de su trayectoria vital, en el convencimiento de que, al cabo, llegadas a su final, se apagan las palabras para encenderse llameante, suficiente y definitivo, el silencio" (p. 9).

*Cántico temporal* hace su ingreso en la lírica hispanoamericana y universal en una época de crisis para la poesía, cuando mucha palabrería, mucha inautenticidad, mucha osadía pretenden autodefinirse como verdad poética en una monstruosa mentira. *Cántico temporal* integra esa constelación solitaria de poetas que hoy viene a devolverle su esencia y su existencia a la palabra poética, su calidad sustantiva, su carácter de intuición y de comunicación encarnadas en la expresión estética desde el fondo interior, insobornable, de la persona y su libertad, hacia la forma exterior del canto como creatura única. *Cántico temporal* se inscribe directa y saludablemente a la vertiente peligrosa y arriesgada de la poesía religiosa de todos los tiempos, y sale airoosamente de tal riesgo por su poderoso acento de sinceridad, de humanidad entrañable, de fe y de esperanza cristianas auténticas, sin ambigüedades ni devanescencias. El poemario, estructurado en cinco tiempos de seis poemas cada uno, constituye en su parábola hacia la verticalidad trascendente, un todo unitario, colmado, tanto en su caudalosa inspiración cuanto en su rotundez estilística lograda en versos libres de musicalidad cautivante, de una eufonía marcada por el *pneuma* interior más que por la sonoridad externa. Su motivo central —la condición humana del cristiano en el mundo con ansias de infinitud en el tiempo y en medio de las cosas, en función de compromiso— es el eje dinamizador de todo el conjunto. Edelweis Serra

canta a todas las creaturas del universo, canta el ansia de la Gracia en el alma humana, canta a las realidades creadas, al sufrimiento tremendo, existencial del peregrinaje tereno y temporal con un sentido decididamente escatológico. El misterio del ser y del existir, el misterio de Dios solicitando perpetuamente al hombre inmerso en el espacio y en el tiempo, son el meollo de esta lírica en su verdad más íntima y el secreto de su expresión original —si bien adscripta a la mejor tradición mística escrituraria e hispánica— que busca vertir lo inefable en un lenguaje de deliberada simplicidad pero rico de antinomias conceptuales, de incesantes imágenes, de densos símbolos, cuyos estratos fónico, léxico y sintáctico armonizan con felicidad en una plenitud de plasmación.

Importa señalar que *Cántico temporal* representa —insistimos— veinte años de una casi totalmente silenciosa tarea poética: el poema más antiguo. *La noche verdadera*, data de 1943 y los más recientes de 1960-61-62. A través del despliegue del poemario nótase un proceso cronológico y evolutivo en ritmo ascendente. A medida que avanza el libro sus partes se integran y la materia poética se densifica cada vez más, cargada de sustancia, hasta el culmen del Tiempo IV y el Tiempo V. Lo temporal y lo eterno, la tierra y el cielo, la carne y el espíritu, realidades terrenas y realidades últimas se conjugan en una sola, terca vocación de absoluto transfigurada líricamente con rara posesión de medios expresivos propios: claroscuros, contrapuntos, antinomias, simbología, formas lingüísticas creadas por el poeta, que se categorizan en acusados rasgos estilísticos dignos de ser calados a fondo e *in extenso*.

Delia María Santullí

*Estudios de Derecho penal y Criminología, II.* Instituto de Derecho penal y Criminología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, dirigido por el Prof. LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA. Buenos Aires, Editorial Bibliográfica Argentina, 1963. 523 p.

En los últimos días de Septiembre de 1963 hemos visto, al fin, sobre nuestra mesa de trabajo, este nuevo volumen de los "*Estudios*" que edita el Instituto de Derecho penal y Criminología de la Universidad bonaerense, como órgano del mismo y con el carácter de *Anuario*, correspondiendo esta entrega al año 1959.

Muy poco antes había salido de la imprenta, y al tenerlo, ahora, en nuestras manos, no podemos dejar de recordar la aparición del volumen anterior —el primero— de esta serie ni su llegada a nuestro poder; y ésto, tanto por motivos subjetivos, como por razones de índole objetiva.

Leímos y examinamos muy despaciosamente aquél y escribimos la recensión correspondiente (publicada, también, en "*Universidad*", *Publicación de la Universidad Nacional del Litoral*, en su N° 53, Julio-Septbre. de 1962, págs. 325-9), en medio de los hermosos naraniales corondinos, en días del verano de 1962, para nosotros divinamente felices, que, al evocarlos hoy, constituyen —contrastes de la vida— amarga fuente del dolor. Y concluíamos ponderando la importancia del nacimiento de este *Anuario* como "única revista de carácter amplio y com-

previsivo dedicada hoy a nuestra especialidad en el país", por lo que formulábamos "votos por que con la mayor premura compatible con las exigencias científicas salgan a la luz los números que faltan, de los años posteriores, hasta ponerse al día".

Por desdicha, lejos de haber sido así, este volumen aún ha distanciado más su salida, del año a que se refiere; lo cual, si no resta mérito e importancia a su contenido intrínseco, sí —indudablemente— quita actualidad e interés a ciertas informaciones, críticas y comentarios, diluyéndose un tanto, de este modo, la utilidad de la publicación.

Por lo demás, conserva todas las características que entonces señalamos. Consignemos, tan sólo, que este volumen ha salido notablemente más cuidado que el precedente, sin el número copiosísimo de erratas, descuidos, faltas de redacción y de sintaxis, etc. que maculaban el primero. Pero sigue, el actual, estando, quizá en mayor medida que el otro exclusivamente en manos de estudiantes y principiantes, aparte la dirección y la porción —nada escasa y muy estimable— realizada por el Maestro Jiménez de Asúa, sin que casi colaboren otros profesores y especialistas en materias penales y criminológicas.

Se abre, en la Sección doctrinal, con un trabajo de Jiménez de Asúa sobre Carrara y su *Programma*, el centenario del comienzo de cuya publicación se celebró justamente en 1959; y se cierra, en la de Noticias, con las necrologías, asimismo por Jiménez de Asúa escritas, de Bernaldo de Quirós, Ramos y el P. Gemelli, fallecidos, también, ese año.

Queremos agradecer desde aquí, públicamente —pues públicamente nos las hace—, las generosas referencias que formula el Maestro en las páginas del volumen que comentamos, de modestas colaboraciones nuestras e incluso de trabajos todavía menores, aunque —éso, sí— en todo caso muy cordiales y sentidos.

*Manuel de Rivacoba y Rivacoba*

## RESEÑAS INFORMATIVAS

*La cultura del látigo*, por WILLIAM SHAND. Buenos Aires, Talía, 1963. 56 p.

La intención de esta pieza que el autor subtitula "una extravagancia en ocho cuadros" —su tema satiriza a un tiranuelo—, no consigue disimular su poca calidad literaria y una acción irregular en valores dramáticos. No es por cierto ningún aporte serio a nuestro teatro y se explica que no haya logrado subir a escena, como lamenta el prologuista.

*Líneas fundamentales de la arqueología salteña*, por ANTONIO SERRANO. Salta, ed./autor, 1963. 52 p.

Este trabajo es un breve anticipo de una obra escrita por el autor en su carácter de investigador contratado de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán y que sin duda será editada por esa casa de estudios.

Significa un importante aporte al conocimiento de la arqueología del noroeste argentino por los nuevos datos que suministra e interesantes conceptos que enuncia.

*Tres años de gobierno democrático, 1959-1962*, por RÓMULO BETANCOURT. Caracas, Imprenta Nacional, 1962. 3 t. 511, 401 y 378 p.

Estos tres volúmenes recogen los documentos públicos, discursos, etc. producidos por el autor en su carácter de presidente de la República de Venezuela, y forman un valiosísimo informe sobre la intensa tarea gubernativa realizada durante tres años dentro de bien definidos preceptos democráticos.

*Don Juan el Zorro*, por JAVIER VILLAFañE. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1963. 150 p. Ilustraciones de Lucrecia Chaves.

*Vida y meditaciones de un pícaro* subtítulo el autor este libro pleno de una ingenua frescura y una profunda intención humana. Escritor de auténtico acento argentino y trashumante titiritero, Javier Villafañe crea con el ladino zorro de su fábula, un personaje animado por vicisitudes de un mundo que conforma nuestra realidad social.

*Introducción a la filosofía de la existencia*, por HÉCTOR OSCAR CIARLO. San Luis, Cuadernos de la Escuela de Pedagogía y Psicología N° 3, 1963. 120 p.

El autor, conocido por otros trabajos anteriores sobre temas similares, se propone con esta obra articular una introducción a la filosofía de la existencia, accesible al estudiante por la claridad de su exposición y la síntesis de los esquemas planificados para una comprensión objetiva del pensamiento filosófico contemporáneo.

*La división Socialista. Su origen y desarrollo*, por PEDRO A. VERDE TELLO. Buenos Aires, Editorial Bases, 1963. 234 p.

De larga e intensa militancia socialista, Pedro A. Verde Tello reseña en esta obra el proceso que determinó la división del partido fundado por Juan B. Justo y la formación del Partido Socialista Democrático, al que considera continuador de aquél en cuanto a su estructura interna y formación ideológica.

En el Apéndice se agrega con fines comparativos la organización de otros partidos argentinos tradicionales y de reciente formación, como así también los estatutos del laborismo inglés y del socialismo francés e italiano.

*Estabilidad* (Primer curso), por ENRIQUE D. FLIESS. Buenos Aires, Kapelusz, 1963. 660 p.

Esta obra reseña las clases que dictó el autor en el primer curso de "Estabilidad" a los alumnos de ingeniería civil de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

La primera parte trata sobre el equilibrio del cuerpo rígido, libre y vinculado, en tanto la segunda estudia la "Teoría de estructura", limitada a los sistemas estáticamente determinados.

El texto responde al programa del curso mencionado y también a los correspondientes a otras carreras cuyos planes incluyen la asignatura, resultando de suma utilidad para los estudiantes.

*Historia de la psicología desde la antigüedad hasta nuestros días*, por F. L. MUELLER. México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963. 404 p.

La edición original de esta obra apareció en francés registrada por Payot, de París. La presente es la primera versión en español. El profesor Mueller —reconocida autoridad en la materia— relata el desarrollo histórico de la psicología desde la Grecia primitiva hasta llegar a las escuelas de nuestros días. Traza, de esta manera, un cuadro completo y objetivo de las distintas tendencias y caracteres de la disciplina, insistiendo, como dice el autor en el prólogo, sobre las tentativas que apuntan a fundar una antropología concreta.

*Razón del mundo: la preocupación de España*, por FRANCISCO AYALA. Xalapa (México), Universidad Veracruzana, 1962. 256 p. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 15).

En este nuevo libro, Francisco Ayala —sociólogo, jurista y hombre de letras español— plantea el problema de la responsabilidad de la inteligencia, a raíz de la crisis de la cultura que atraviesa el mundo occidental. Con tal motivo aborda temas tan sugerentes como el de los estilos mentales de épocas diversas; el de la misión de los intelectuales; el de intelectuales y masas; el de la cultura hispana y el de la defensa de occidente. Libro de candente interés y de tono polémico.

*Documentação*, por S. S. BRADFORD. Río de Janeiro, Editora Fundo de Cultura, Rua Ouvidor 86, 1961. 292 p.

Esta obra ya clásica del bibliotecario y hombre de ciencia británico, S. C. Bradford (1878-1948), ha sido traducida por vez primera a la lengua portuguesa directamente de la segunda edición original en inglés publicada en Londres en 1953. La versión ha sido hecha por M. E. Mello e Cunha y lleva un Apéndice compuesto por Edson Nery

da Fonseca, bibliotecario de la Cámara de Diputados de Brasil y miembro de la Comisión de Documentación de la Asociación Brasileña de Normas Técnicas. En los dos apéndices Fonseca hace una reseña acerca del estado de la Clasificación Decimal en el Brasil y enumera las bibliotecas que aplican la C. D. U.

*La universidad latinoamericana*, por GONZALO AGUIRRE BELTRÁN. Xalapa (México). Universidad Veracruzana, 1961. 203 p. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 10).

Los trabajos que se reúnen en este volumen fueron escritos por el doctor Aguirre Beltrán durante su gestión como rector de la Universidad Veracruzana y sirven como testimonio de sus dos preocupaciones: la antropología y la educación. Bajo este último aspecto son dignos de mencionarse los estudios relativos a la naturaleza de la Universidad, la pedagogía y el interés social y los que versan sobre la estructura, organización y problemas de la universidad latinoamericana.

*Introducción a la oratoria moderna*, por CARLOS ALBERTO LOPRETE. Buenos Aires, Nova, 1963. 160 p. (Compendios de iniciación cultural, 48).

El autor, doctor en letras egresado de la Universidad de Buenos Aires, aplica en el presente volumen su experiencia docente sobre los problemas que conciernen al "arte de hablar en público". Para ello se separa del concepto de la vieja retórica, estrictamente literaria y expuesta bajo la forma del clásico monólogo, para considerar las nuevas modalidades de la comunicación surgidas de la evolución social de nuestra época. El libro analiza clara y metódicamente los fundamentos de la oratoria, la elaboración del discurso, el ejercicio efectivo de la palabra y los tipos básicos de discursos públicos. En este último capítulo se caracterizan adecuadamente las variedades modernas de la oratoria deliberativa, conversación, entrevista periodística, simposio, debate, foro, etc.

*El gaucho Martín Fierro; la vuelta de Martín Fierro*, por JOSÉ HERNÁNDEZ. Edición anotada por Walter Rela. Montevideo, Editorial Síntesis. La Paz 1829, 245 p. (Textos clásicos anotados, 9).

Esta cuidadosa edición adopta los textos correspondientes a la primera de 1872 con la revisión de algunas estrofas de acuerdo con los trabajos críticos de Tiscornia, Lugones y Leumann. En cuanto a la se-

gunda parte se sigue la versión de 1879 corregido por el propio Hernández.

Las notas al pie de página cumplen una doble finalidad: a) ilustrativa (sobre acontecimientos históricos, políticos, etc.); b) aclaratoria para fijar el sentido de algunas palabras y frases antiguas.

El libro incluye una bibliografía selecta y un útil glosario al final.

*El 40; 25 poetas y una generación*, por TERESITA F. DE FRITZSCHE y NATALIO KISNERMANN. Buenos Aires, Grupo Editor Argentino, Clay 2928, 1963. 102 p.

Esta antología de los poetas de la llamada "generación del 40", aporta al estudio de los valores seleccionados por los compiladores, útiles referencias y una prolija contribución bibliográfica.

El Grupo Editor Argentino que, con esta entrega inicia sus actividades, está constituido por investigadores vinculados al Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

*Qué es la ópera*, por KURT PAHLEN. Buenos Aires, Editorial Columba, 1963. 75 p. (Colección Esquemas, 58).

El conocido músico vienés, desde 1949 residente en Montevideo, ofrece en este opúsculo un ceñido estudio sobre la ópera, género en el que confluyen muy diversos elementos del arte musical y teatral que el doctor Pahlen desarrolla en este orden: el texto, el libretista, la música, las voces, el "ballet", la orquesta, la puesta en escena, el público.

La obra se completa con una selecta bibliografía.

*Leções de português*, por ROSA NAHUY DE IPOLA y LYGIA FONSECA DE RAS. Buenos Aires, Kapelus, 1962. 388p.

El amplio éxito alcanzado por la primera edición de *Lecciones de português* ha determinado esta nueva versión considerablemente aumentada.

Aunque el propósito de las autoras fue proveer un texto para los estudiantes de habla española, este libro, con ligeras adaptaciones puede servir a personas de otras nacionalidades, deseosas de aprender el portugués del Brasil.

La primera parte de la obra contiene una serie graduada de ejercicios para fijar una pronunciación normal. Con rigor metodológico se

desarrollan las nociones gramaticales, las conversaciones escritas y los vocabularios que componen las sucesivas lecciones. Una rica y selecta antología de trozos de prosa y poesía permite familiarizar a los alumnos con los valores más representativos de la literatura portuguesa.

*El triunfo del no ser*, por EUGEN RELGIS. Montevideo, Ediciones "Humanidad", 1963. 104 p.

Este librito está compuesto por un conjunto de 22 narraciones —“fantasías” las llama su autor—, preciosamente escritas y con una indudable intención filosófica, de carácter panteísta.

Según se indica, la edición original fue hecha en Yassi, en la Moldavia (Rumanía, patria del autor), y en idioma rumano, el año 1913.

